

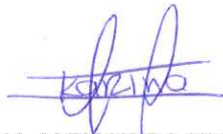
DECLARACIÓN Y AUTORIZACIÓN

Yo: **KARINA ALEJANDRA NICOLALDE VINUEZA** con **CC. 171924678-5**, autora del trabajo de graduación intitulado: **“EL CUERPO EN EL AUTISMO Y SU RELACIÓN CON EL DESEO DE LA MADRE. REFLEXIÓN DESDE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA**, previa a la obtención del título profesional de **PSICÓLOGA CLÍNICA**, en la Facultad de **Psicología**.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE, el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, junio 2019



KARINA ALEJANDRA NICOLALDE VINUEZA
CC. 171924678-5

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE:
PSICÓLOGA CLÍNICA**

**EL CUERPO EN EL AUTISMO Y SU RELACIÓN CON EL DESEO DE LA
MADRE. REFLEXIÓN DESDE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA**

KARINA ALEJANDRA NICOLALDE VINUEZA

DIRECTORA:

Msc. VIRNA FÁTIMA PINOS ZÁRATE

QUITO, 2019

AGRADECIMIENTOS

A la Pontificia Universidad Católica del Ecuador que me abrió las puertas y a sus profesores que han sido parte de este camino.

A Virna Pinos, por sus palabras y su guía.

A María del Carmen por permitirme entrar en su casa y aprender de usted y de los jóvenes.

A María Soledad por darme la oportunidad de comenzar mi camino laboral.

A Gabriela Pazmiño por tener siempre sus puertas abiertas.

A Rosa Inés Rodríguez por sus enseñanzas.

A mis padres por su amor y paciencia.

A mi hermana, punto de anclaje de mi vida.

A mi abuelita Teresita por las largas conversaciones, los días de cine y sus consejos.

A mi abuelita Laurita por su tiempo.

A mis abuelitos Rubén y Raúl por siempre tener una palabra para mí.

A mis tíos y tías que siempre me impulsan a seguir adelante.

A mi tía Vero por no dejar ni un solo día de preguntarme por la tesis.

A mi tía Lili por enseñarme sobre perseverancia.

A mi tío Raúl y mi tía Rocío por motivarme.

A mi tía Susy por ser un ejemplo en mi vida.

A mi tío Patricio por su eterna bondad.

A mis primas por darme la oportunidad de enseñarles lo poco que sé.

A mis amigos Andre, Diana, Juan José, Dennis, Ana Belén, Daniel, Isaac y Sebastian por escucharme.

DEDICATORIA

A Mario y Aby por enseñarme tanto

A mi bisabuelita María

A mis abuelitos

A mi hermana

A mis padres

A mis tíos

RESUMEN

En este trabajo de disertación se realizó un acercamiento desde la teoría psicoanalítica a la noción de Deseo de la Madre en relación a los efectos que puede producir en la constitución del cuerpo en el autismo. En el primer capítulo se realizó un recorrido por el efecto que produce el Deseo de la Madre en la constitución del sujeto, tomando en cuenta el paso de la madre por el complejo de Edipo y su construcción particular del deseo de tener un hijo, además se abordó el lugar de la madre como agente que posibilita la función del padre y las dificultades que presenta el sujeto autista para constituir al Otro.

En el segundo capítulo se trabajó la construcción del cuerpo en el autismo según Sigmund Freud y Jacques Lacan, en conjunto con teorías escritas en los últimos años por Jean-Claude Maleval, Silvia Tendlarz y Eric Laurent, sabiendo que la cría humana no tiene un cuerpo cuando nace, sino que es un organismo vivo que cumple funciones básicas. Además, se pone énfasis en la pulsión invocante y el objeto voz como primer objeto que se cede para iniciar el circuito pulsional, constituyendo la existencia del Otro; así como las dificultades que tienen los autistas para ceder los objetos pulsionales y constituir el *objeto a*.

En el tercer capítulo se realizó una reflexión acerca del lugar que ocupa el sujeto autista en el deseo de la madre, así como la construcción de su cuerpo en referencia al Otro; tomando en cuenta que el lenguaje lo precede y tendrá que tomar la palabra para constituirse como sujeto del lenguaje, sin embargo, en el autismo no se produce ese anudamiento, por lo tanto, no se constituye tampoco su cuerpo ni el trayecto de la pulsión.

TABLA DE CONTENIDOS

AGRADECIMIENTOS	ii
DEDICATORIA	iii
RESUMEN	iv
INTRODUCCIÓN	1
1. EL DESEO	3
1.1. El Deseo de la madre	3
1.2. Constitución del sujeto	7
1.3. Complejo de Edipo	10
1.3.1. Del Deseo de la madre a la Metáfora Paterna	15
1.4. Relación con el Otro en el autismo	17
2. EL CUERPO EN EL AUTISMO	22
2.1. Cuerpo pulsional desde Freud	22
2.2. Los objetos pulsionales Lacan	30
2.2.1. El objeto voz	35
2.3. El Goce y lo real en el cuerpo del autismo	41
2.4. Iteración sin cuerpo	44
2.4.1. El agujero y el borde	47
3. RELACIÓN ENTRE EL DESEO DE LA MADRE Y CUERPO EN EL AUTISMO	53
3.1. El cuerpo y el deseo de la madre	53
3.2. El deseo de la madre en el autismo ¿Un deseo ausente?	56
3.2.1. El lugar que ocupa el hijo autista en el deseo de la madre	59
3.2.2. Constitución de cuerpo del autista a partir del deseo de la Madre	65
CONCLUSIONES	69
RECOMENDACIONES	72
BIBLIOGRAFÍA	74

INTRODUCCIÓN

El Trastorno del Espectro Autista (TEA) es un tema que circula cada vez más en el discurso social. El cine, el internet, libros, revistas y medios de comunicación, han contribuido a la difusión del tema; sin embargo, después de 70 años desde que Kanner formalizó su descubrimiento, sigue siendo un diagnóstico clínico que no se puede validar mediante una demostración genética, metabólica o nerviosa (Trejo, 2012).

Médicos especialistas y genetistas han realizado varias investigaciones para encontrar un gen o varios genes causantes del autismo, con el objetivo de detectar y prevenir el trastorno con mayor eficacia y poder tratarlo inmediatamente; conociendo los genes afectados mediante una prueba genética. Sin embargo, a pesar de que la ciencia ha avanzado en el descubrimiento de ciertas mutaciones o cambios en los genes, aún no se tiene la certeza de cuáles son los genes afectados en el autismo y su posible tratamiento. En consecuencia, el tratamiento médico se basa en la administración de medicamentos dirigidos específicamente a disminuir los síntomas que se presentan como son las estereotipias, para brindarle al paciente una mejor calidad de vida (NICHD, 2005).

En el ámbito psicológico, las diferentes escuelas de la psicología han construido intervenciones específicas para niños con autismo y sus familias, con el objetivo de brindarles un soporte y lograr cambios significativos en los niños y adaptarlos a su entorno social. Además, los psicólogos se han enfocado en la teorización y búsqueda de tratamientos acordes a la demanda que se presenta con mayor concurrencia en el mundo. Desde el psicoanálisis, las diferentes escuelas se han encontrado en la difícil batalla de defender su práctica, apostando por la subjetividad de los niños como sujetos que encuentran soluciones particulares a los avatares de la vida; sin colocar el diagnóstico como una certeza en la cual el niño no se puede movilizar, pero sí como una guía para los especialistas en el momento de tomar decisiones en cuanto al tratamiento que va a seguir el niño. Es por ello que esta disertación tiene el objetivo de brindar al lector una aproximación a la noción de Deseo de la Madre como fundamental en la constitución del cuerpo del sujeto en el autismo y sus efectos cuando el Deseo se encuentra extraviado o ausente, reflexionando desde la teoría psicoanalítica.

Por otro lado, el trastorno del espectro autista constituye un tema de salud pública y requiere de políticas acordes a la incidencia del mismo, ya que el aumento de casos de

autismo supone una mayor implicación por parte del Estado con el objetivo de destinar mayor cantidad de recursos para el tratamiento de estos casos. En consecuencia, en el Ecuador, el Ministerio de Salud Pública, en el 2017 presentó la Guía de Práctica Clínica (GPC) “Trastornos del Espectro Autista en niños y adolescentes: Detección, Diagnóstico, Tratamiento, Rehabilitación y Seguimiento” en la cual se reúnen recomendaciones, para los profesionales de la salud, en cuanto al diagnóstico y tratamiento del TEA (Ministerio de Salud Pública del Ecuador, 2017).

En este contexto, la tesis que toma a la teoría psicoanalítica como guía en el trayecto de la búsqueda de respuestas a la cuestión del autismo, es una forma de no fijar una certeza, sino de abrir más preguntas en cuanto a la teorización de lo que sucede con los niños que son diagnosticados con autismo, lo que plantea un trabajo en la búsqueda de la singularidad de cada niño y el acompañamiento, como profesionales, en el encuentro de soluciones particulares que cada niño construye a partir de su subjetividad.

1. EL DESEO

1.1. El Deseo de la madre

Se comenzará haciendo referencia a lo que el psicoanálisis entiende por deseo. Según el diccionario de Dylan Evans, el deseo humano siempre está en relación a una falta y es esencialmente el deseo del deseo del Otro, es decir que, por un lado, el sujeto desea ser el objeto del Otro ocupando el lugar del falo para la madre, y por otro lado desea poseer el objeto que el otro desea. “La primera persona que ocupa el lugar del Otro es la madre, y al principio el niño está a merced del deseo de ella, sólo cuando el Padre articula el deseo con la ley, mediante la castración de la madre, queda el sujeto liberado de su sujeción a los caprichos del deseo de ella” (Evans, 1997, pág. 69).

El nacimiento es un acto traumático. Cuando la madre da a luz a su hijo, efectúa una separación en lo real del cuerpo. Cuando se corta el cordón umbilical, se priva al recién nacido del espacio que ocupaba dentro del cuerpo de la madre, para darle la opción de elegir entre la vida y la muerte. Según Bergés (2012) respirar es el primer forzamiento al que se confronta el niño cuando nace. Dar su primer respiro y realizar su primer grito ratifica su deseo de vivir.

En cambio, por el lado de la madre no hay nada que pueda reparar la pérdida que siente al momento del parto porque es una pérdida en el real de su cuerpo. Por lo tanto, para que se pueda instalar la relación imaginaria entre madre e hijo, el bebé debe tener carácter simbólico antes de nacer. El Otro no está determinado per-se, se lo debe crear por una persona que encarne esta función del Otro primordial, en este sentido se evidencia que el Otro es creado por el reconocimiento del niño hacia la madre y viceversa (Yankelevich, 2008).

El recién nacido aún no ha constituido su subjetividad ni supone la existencia de otro, sin embargo, el Otro como tesoro de significantes precede al infante, en consecuencia, la cría humana no es simplemente un organismo biológico puro porque es el efecto del lugar que ocupa en el discurso de sus padres. Por lo tanto, es necesario abordar el Deseo de la madre como elemento fundamental para la constitución del sujeto, y cómo la ausencia de dicho Deseo puede derivar en varios efectos, siendo el autismo uno de ellos.

Esta tesis no pretende culpabilizar a los padres por la subjetividad del infante; en consecuencia, se debe aclarar que el Deseo de la madre es la primera metáfora indispensable para la sobrevivencia del bebé. El deseo de la madre puede ser realizado por la madre real o por cualquier otra persona que esté dispuesta a ser agente materno, es decir, quien transmite el deseo de la existencia de ese bebé y proporciona los cuidados necesarios para la sobrevivencia del mismo.

Las pulsiones del bebé están desorganizadas y no podrá sobrevivir si no hay un Otro que esté presente para brindarle los cuidados necesarios. En primera instancia, la madre y el bebé se completarán en un todo necesario para que el bebé sobreviva. Generalmente se escucha lo que dicen las madres embarazadas acerca de las características que puede tener su bebé, por ejemplo, comienzan a imaginar cómo será su rostro o su cuerpo, y se animan con la posibilidad de escoger un nombre para él o ella. Por lo tanto, en las palabras de la madre se pone en evidencia que aquel niño ya ha sido apalabrado, imaginado y soñado mucho antes de nacer y que hay un lugar para él dentro de su familia.

Cuando el bebé ya ha nacido, la madre como agente materno, será la llamada a realizar diferentes acciones necesarias para que la cría humana sobreviva en el mundo exterior. De acuerdo a la experiencia consciente e inconsciente de la madre, vestirá al bebé de cierta forma, aprenderá cómo tomarlo en los brazos, cómo alimentarlo y bañarlo. Sin embargo, más allá de estas funciones básicas para la sobrevivencia, la madre, a través de sus arrullos y cantos, transmitirá el deseo inconsciente de darle un lugar a su hijo. La voz de la madre será la que calme al bebé cuando llore y sus caricias le darán una superficie segura en la cual apoyarse.

La madre es la encargada de comunicarse con el lactante a través de la lengua materna y el contacto corporal, estos intercambios entre la madre y el hijo oscilan entre presencia y ausencia. El lactante puede escuchar la voz de su madre y emitir sonidos relacionados a los que escucha, mientras que la madre puede interpretar esos sonidos a su voluntad, dándoles un sentido. Por otro lado, estos sonidos o palabras emitidas por el lactante le ayudarán a evocar de forma sonora la promesa del regreso de la madre y por lo tanto a superar el malestar que provoca su soledad en ausencia de ella (Dolto, 1985).

En este sentido, la madre es el primer Otro que libidiniza el cuerpo del niño al cargarlo en sus brazos y darle de lactar de su seno. La madre otorgará a su hijo el don de reconocer su cuerpo y sus necesidades, así como tendrá la función de llamarlo por su

nombre, en este sentido, la voz de la madre que llama a su hijo, precede al acto del lactante de tomar la palabra.

Cuando un niño nace, a través de su llanto o sus movimientos, llama a aquel que vela por él para que le sea otorgado un objeto que calme o satisfaga su necesidad de hambre, sueño, o cualquier tipo de tensión que le provoque malestar. El objeto concedido es dado por otro ser humano, otro sujeto, con frecuencia la madre, hablante-ser cuyo inconsciente también se pone en juego en este acto (Strykman, 1993).

Esto quiere decir que no solo basta con la satisfacción de necesidades del recién nacido; estas acciones deben ir acompañadas de amor y palabras, así como también la puesta en juego de la angustia, la agresividad y el rechazo de la madre. La forma en la cual se responde a las demandas del recién nacido, será la forma en la que la madre también muestre su demanda, generalmente inconsciente, dirigida a su hijo. Algunas demandas pueden ser: que coma, que crezca, que sea testimonio del amor de sus padres o que venga a llenar un vacío. Además que particularmente, la madre pedirá ser reconocida como tal por su hijo, su pareja y por sus propios padres (Strykman, 1993).

Entonces, es indispensable las acciones y los cuidados proporcionados por aquel que toma el lugar del Otro primordial, quien también tendrá la función de hablarle a su bebé y transmitirle su deseo. Asimismo, la madre tendrá que suponer a un sujeto en el bebé y anticipar que, través de su llanto, la está llamando. Generalmente las madres hacen preguntas a sus bebés cuando lloran, preguntas tales como: “¿Qué pasó?”, “¿Por qué llora?”, “¿Qué quieres?”, “¿Estás con hambre?”, “¿Tienes sueño?”. En estas preguntas se refleja el carácter anticipatorio y lugar propicio para el surgimiento de una palabra del bebé, que por el momento solo puede llorar y moverse para descargar la tensión.

Pero ¿Qué sucede cuando el lactante rehúye a la mirada de la madre y no responde acorde a sus caricias o a sus palabras?

Estas preguntas se pueden reflexionar a partir de los casos clínicos escritos por psicoanalistas que trabajan con sujetos autistas. Para poder ejemplificar la angustia que genera un niño que no mira a su madre se escribirá acerca de un caso de autismo que la psicoanalista Ilda Levin (2013) atiende en su consulta.

La madre dice acerca de su hijo:

¡No me miraba nunca! Tenía los ojos abiertos, miraba fijo una lámpara, a mí no me miraba nunca. Le hablaba y no me miraba. Era desesperante esa frialdad en el vínculo con él, no sabía qué hacer, no podía hacer nada (Levin, 2013, pág. 2).

La madre de este niño relata que en el embarazo sintió una “profunda rigidez en sus entrañas” que no sabía de dónde venía. Ilda Levin menciona que mientras la madre hablaba de este acontecimiento, su voz se congelaba, y cada vez que la madre le hablaba a su hijo, su voz se petrificaba. En consecuencia, Ilda Levin llega a la conclusión que la enunciación de la madre se congela, lo que provoca marcas en el cuerpo del bebé que congelan al sujeto. La voz congelada y con una estridencia particular que es insoportable para el niño tienen consecuencias; por lo tanto, la solución que encuentra el niño es construirse un caparazón que lo resguarde (Levin, 2013).

El bebé nace en el baño del lenguaje, en medio de los afectos y discursos que sus padres le proporcionan. Desde ese momento el bebé tiene la posibilidad de escoger vincularse o no con el lenguaje. En cuanto a los bebés con autismo, les es difícil afrontar el encuentro con su Otro materno y paterno, porque a los padres les resulta difícil comprender los códigos que utiliza el bebé al momento que comienza a emitir sonidos. Esto afecta el intercambio y el establecimiento de vínculos entre el bebé y los otros, ya que para los padres es difícil suponer una palabra o el principio de una intención de comunicarse. En consecuencia, el bebé se ensimisma, y se queda excluido de todo encuentro con la cultura y se pierde la posibilidad de hacer lazo social (Levin, 2013).

Según Marie Christine Laznik (1995), doctora en psicología y psicoanalista, un bebé que no llora, que no llama o dejó de llamar, que no mira o dejó de mirar a su madre la desorganiza completamente. Cada madre tiene una locura necesaria para escuchar palabras en la masa sonora que emite su hijo, esto implica el esfuerzo de suponer una palabra realizando ciertas pausas que le dan un sentido a aquello que el bebé emitió como un conjunto de sonidos sin significación; por lo tanto, el Otro es necesario para darles un sentido y una significación a los sonidos emitidos por el bebé (Laznik-Penot, 1995)

El Deseo de la madre es fundamental para la constitución del sujeto, los cuidados que proporciona la madre hacia el hijo son absolutamente necesarios porque el bebé está indefenso y desprovisto físicamente para poder satisfacer sus propias necesidades, entonces está a merced del Otro, sin él, el bebé caería en un vacío abrumador (Recalcati, 2018).

“(…) La madre es el nombre del Otro que no deja que la vida caiga al vacío, que la sujeta con sus propias manos impidiendo su caída, es el nombre del primer socorridor” (Recalcati, 2018, pág. 36). En este sentido, la cría humana está indefensa y vulnerable cuando nace, pero el Otro primordial está ahí para sustraer la posibilidad de la caída que carece de un fondo. El Otro primordial encarnado por la madre procurará no dejar caer al bebé en la insignificancia, ofreciendo un sostén que sepa responder a su grito. Por otro lado, es necesaria la presencia del Deseo de la madre para significar la vida del bebé, por lo que las manos de la madre salvarían a su cría de la falta de sentido (Recalcati, 2018).

Finalmente, se evidencia claramente que la cría humana llega al mundo en un estado de indefensión absoluta. Por lo tanto, el Otro primordial es el llamado a transmitir su deseo para darle un lugar y un nombre a esta nueva cría humana. Los cuidados necesarios no son suficientes para la sobrevivencia del bebé sino van enlazados con el don del amor (Strykman, 1993). Los brazos y las manos de la madre cuando carga a su bebé, le dan consistencia a su cuerpo, y los cantos y arrullos dirigidos exclusivamente a él le dan la posibilidad de escuchar, de calmarse y reconocer a su madre. Además, el agente materno posibilita el surgimiento de la palabra del bebé, una respuesta en lo que, por el momento, solo es un grito (Recalcati, 2018).

1.2. Constitución del sujeto

El infans parte del desvalimiento hasta lograr algún grado de subjetividad, tránsito que tiene que llevar a cabo todo niño desde la condición de mamífero dependiente del cuidado materno, hasta llegar a otra de progresiva independencia, y que debe lograr recorriendo un largo camino al cabo del cual termina de constituirse como sujeto al lenguaje. (Peskin, 2015, pág. 124)

Se debe tener en cuenta que todo ser humano nace con carencias biológicas. La primera es el desarraigo instintivo, lo que produce una inmadurez inicial que coloca al recién nacido en una posición de vulnerabilidad. Dentro de la zoología, puesto que el ser humano también es un mamífero, se le ha otorgado la categoría de crías altriciales, que quiere decir que la cría humana carece de capacidades auditivas, visuales, motoras y ausencia de pelo (Peskin, 2015).

Ante el desvalimiento del recién nacido, el Otro es quien tendrá que realizar distintas operaciones lógicas para que el bebé tome la palabra y su lugar de sujeto en el lenguaje. Para que esto suceda, el infante tendrá que atravesar el complejo de Edipo donde el niño debe estar en posición de falo de la madre, y la madre como agente materno es quien agenciará la posibilidad de la intervención del padre como metáfora del Nombre del Padre para realizar un corte tanto a la madre como al hijo y en consecuencia que el infante pueda constituirse como sujeto del lenguaje (Tendlarz, 2016).

Para que el niño pueda tomar una posición subjetiva en el lenguaje se debe tomar en cuenta el lugar de la madre y el padre. Cuando el niño atraviesa los tres tiempos del Edipo, en el primer tiempo el niño se identifica con el objeto de deseo de la madre, es decir, el falo. Por consiguiente, se establece el triángulo madre, niño, falo, necesaria para la constitución del yo, “Lo simbólico preexiste y se transmite a través de la madre como Otro primordial. La madre en lo real encarna el objeto primordial” (Tendlarz, 2016, pág. 30).

El segundo tiempo comienza con el Otro materno quien vehiculiza la simbolización primordial, estableciendo el Fort-da a partir de hacer desaparecer el objeto por medio de nombrar la ausencia a través de la palabra. La castración principalmente es al Otro materno, mediante la acción del padre quien priva a la madre de la reintegración de su producto. Desde el plano simbólico, el Nombre del Padre hace constituir la falta en el sujeto a partir de la desidentificación al objeto fálico (Tendlarz, 2016).

En el tercer tiempo, el niño recibe la promesa fálica de ser el falo de la madre a tenerlo, se evidencia que lo que falta es el lugar de falo. Sin embargo, el padre también juega un papel importante, ya que como plantea Lacan, el Nombre del Padre es una restitución del lugar simbólico de la paternidad, que da lugar a un doble reconocimiento desde el hijo al padre y del padre al hijo, y es ahí donde se establece el lugar que va a ocupar el hijo dentro del linaje familiar. Para que el niño sea reconocido como perteneciente a un linaje, la madre es fundamental en tanto ella es quien introduce el Nombre del Padre, metáfora que opera como símbolo. Si no se produce esta vehiculización por parte de la madre quien también debe estar atravesada por esta metáfora para poder dar la palabra al padre de su hijo, las consecuencias pueden ser devastadoras para el niño (Tendlarz, 2016).

La madre se inscribe como Deseo de la Madre, este Deseo es un exceso, voluntad sin ley, un goce enigmático el cual debe ser organizado por el Nombre del Padre, ordenador

del conjunto de los significantes que en el plano imaginario inscribe el falo en el Otro, como freno o límite a la ley descontrolada materna, y en el plano simbólico se inscribe como signifiante del Deseo. Cuando se abre la pregunta acerca del Deseo por medio de la respuesta universal fálica, se produce una operación de significación, hay la producción de una pérdida de goce (Tendlarz, 2016).

En el seminario XI Lacan (1964) desarrolla las operaciones de alienación y separación en las cuales existen dos conjuntos, el conjunto del sujeto que es el vacío y el conjunto del Otro donde se encuentra la cadena signifiante. En la alienación, el sujeto se identifica con el S1, signifiante primordial, a través de la intersección entre el sujeto y el Otro. Sin embargo, en el autismo, ocurre un fallo en esta primera operación, el infans no se enlaza a la cadena signifiante que se encuentra en el conjunto del Otro, y las consecuencias se evidencian en los casos de autistas que no logran invertir los pronombres yo-tú. El infans no puede tomar la palabra y decirla en primera persona, es decir, no se pudo incluir al infans en la cadena signifiante que está en el conjunto del Otro (Tendlarz, 2016).

Del lado del Otro se encuentra la identificación con un signifiante y la cadena signifiante representada con el S2. El sujeto emerge cuando se identifica con un signifiante (S1) del Otro, alienación primordial en el Otro, la cual llama al S2 y se produce el movimiento signifiante. Al convertir el puro grito en una llamada, el sujeto entra en la dialéctica signifiante. Dentro de la operación de separación, el sujeto se vuelve objeto al producirse una intersección entre la parte vacía tanto del Otro como la del sujeto. Por consiguiente, una falta cubre la otra falta, y de esta forma la falta se inscribe en el Otro. En este lugar de falta, se ubica el *objeto a* “causa de deseo” que nombra el vacío bajo las formas de los objetos voz, mirada, heces y seno (Tendlarz, 2016).

Esto se ejemplifica mejor en un caso que atendió Marie Chistine Laznik (1995), doctora en psicología y psicoanalista que trabaja en consulta con bebés y sus padres en el centro Alfred-Binet (París). En este caso, Halil habla de sí mismo en segunda persona, toma el enunciado sin invertirlo, tal como lo escucha del otro. Halil no puede tomar las palabras y decirlas en primera persona porque aún no se ha instaurado un sujeto del enunciado; por consiguiente, Halil no puede invertir los pronombres, y se evidencia su alienación al discurso del Otro (Laznik-Penot, 1995).

Partiendo de la premisa de la existencia de un Otro primordial, se puede pensar en la inclusión del sujeto en la cadena significante por la operación de la alienación. En la operación de la separación en cambio se habla de que, en la inscripción de la falta, se constituye el *objeto a*. Estas operaciones se producen fuera del complejo de Edipo y de la acción de la Metáfora paterna (Tendlarz, 2016).

En este sentido, Lacan realiza una teorización diferente a Freud, que pasa desde el concepto del “Nombre del Padre” a la noción de *objeto a*, que es causa de deseo. En este momento de la enseñanza de Lacan, ya no impera la ley del padre sino más bien el *objeto a* como causa de deseo. Por lo tanto, el autismo se encuentra dentro de una lógica insondable de la elección del ser, donde no hay sustracción del *objeto a*. Según Miller en el caso del autismo, una vez que se produce la alienación, el niño elige el vacío con una consecuente petrificación del significante y renuncia a entrar en el campo del sentido de la cadena significante (Tendlarz, 2016).

Habría un estado mítico, originario, de la relación del sujeto con su goce el cual, al someterse a la estructura lingüística que vehicula la familia, produce un goce temperado posible. Como resultado el viviente adviene como sujeto del inconsciente, es decir, sujeto del deseo (Febres Cordero de Espinel, 2011, pág. 3).

La pregunta radica en reconocer si el niño es quien renuncia a la existencia del Otro en una forma de renunciar a toda formación del inconsciente y subjetividad o si es el Otro primordial quien no ofreció los elementos necesarios para anudar al nuevo ser al lenguaje. Como respuesta a esta pregunta, se plantea que es una dialéctica que se juega entre el sujeto y el Otro. Se ha escrito en los párrafos anteriores que el Otro primordial invitará al infante al lenguaje, pero también es cierto que el infante será quien tome la palabra en la lógica de una elección insondable.

1.3. Complejo de Edipo

En este apartado se escribirá acerca del complejo de Edipo del niño y de la niña, para dilucidar cómo se atraviesa esta etapa. Sin embargo, se pondrá más énfasis en el complejo de Edipo de la niña con el objetivo de realizar un trayecto hacia el origen del Deseo de la Madre, porque es en el agente materno donde se encuentra el principio del

lugar que se dará al bebé. Por lo tanto, se considera que es necesario explicar el complejo de Edipo de la niña a partir de Freud.

En la fase del complejo de Edipo del varón, el niño se encuentra tiernamente prendado de la madre progenitor del sexo contrario, quien es su primer objeto de amor; mientras que con el padre tendrá una relación de hostilidad. Posteriormente, por el descubrimiento de la posibilidad de castración al ver los genitales femeninos, se produce la re plasmación del complejo de Edipo y la creación del superyó a través de la interiorización de la instancia paterna que finalmente lo introducirá en la comunidad de la cultura (Freud, 1931).

Para la niña, la madre también fue su primer objeto de amor, por consiguiente, tendrá que realizar un cambio, un trueque en el cual cambie del objeto madre originario, al padre. En la descripción de Freud en su escrito “Sobre la sexualidad femenina” relata que las mujeres que testimonian haber tenido anteriormente una fuerte relación con el padre también tuvieron esta intensa relación con la madre (Freud, 1931).

Es importante analizar la fase preedípica, porque el vínculo con la madre transcurre en un largo periodo del florecimiento sexual temprano de la niña, por lo que según Freud, algunas mujeres se quedarán atascadas en esta relación con la madre y no se producirá una vuelta hacia el padre, por lo tanto, esta intensa relación con el padre podría resultar como heredera de una relación con la madre igualmente intensa (Freud, 1931).

En la vida sexual de la mujer también se debe hacer un cambio, de una primera fase donde la zona erógena se encuentra en el clítoris a una segunda fase ya propiamente femenina donde el carácter genital de la vagina toma relevancia. Sin embargo, se conserva la función del clítoris en la vida sexual de la mujer. Por lo tanto, es imprescindible considerar los cambios que se producen en las fases por las cuales atraviesa la niña, por ejemplo el paso de la satisfacción sexual del clítoris a la vagina, así como del objeto de amor de la madre al padre porque en estos cambios se producirán las bases de la vida sexual femenina y posteriormente del despertar del deseo de un hijo (Freud, 1931).

El complejo de castración en la mujer tiene efectos diversos y puede derivarse en tres orientaciones de desarrollo: la primera, al extrañamiento respecto de la sexualidad renunciando al quehacer fálico y a parte de su virilidad, es decir, la suspensión de la vida sexual. La segunda, la retención de la masculinidad con la esperanza de tener un

pene alguna vez, también llamado “complejo de masculinidad” que puede derivar en la elección de un objeto homosexual. Un tercer desarrollo desemboca en una configuración femenina donde la niña toma al padre como objeto de amor como la forma normal del complejo de Edipo femenino. Por lo tanto, el complejo de Edipo en la mujer es creado por la castración y tiene sus consecuencias y efectos según la elección que la mujer realice (Freud, 1931).

La tercera elección de la vida sexual femenina, en la cual la niña escoge al padre como objeto de amor, es la vía más cercana para convertir su falta de pene en un deseo dirigido al padre pidiéndole lo que él tiene y su madre no. Sin embargo, posteriormente se formará el deseo de hijo como falo, es la promesa cumplida al renunciar al padre y buscar en otros hombres el falo prometido. Tanto la renuncia definitiva a la vida sexual como el complejo de masculinidad pueden ser elecciones que alejen a la mujer del trayecto en el cual pueden aceptar su castración y volcar su deseo hacia una búsqueda de tener el falo con la promesa de un hijo (Freud, 1931).

Por otro lado, también se debe considerar que la fase preedípica de la mujer en relación con la madre será el origen de la relación con el padre y posiblemente de la elección de pareja como depositario de la relación no resuelta originaria con la madre. La relación de la niña con su madre lleva en su origen el reproche de no haberla dotado con el genital correcto o de no haberla amamantado lo suficiente, en general la marca de un desengaño que siempre ocurre por ser el amor más intenso. Por ende, en los vínculos afectivos siempre existirá el amor y el odio como ambivalencia en la vida afectiva (Freud, 1931).

Esta relación de odio con la madre se puede generar en la meta sexual de la fase fálica, con la llegada de un hermanito, la niña desea ser la madre de este nuevo bebé porque desea convertirse en un todo como el varón. El tránsito al objeto-padre es porque ha surgido la hostilidad y desengaño frente a su primer objeto madre. La niña renuncia a las aspiraciones activas porque generan menor placer que las aspiraciones pasivas. Cuando la niña puede superar la intensa relación con la madre, puede forjar su camino hacia el desarrollo de la femineidad avocadas hacia el objeto padre (Freud, 1931).

El primer objeto de amor de la niña es la madre, en consecuencia, las primeras investiduras de objeto se producen por apuntalamiento de las necesidades vitales, la fijación con la madre puede ser el origen de la relación con el objeto-padre, objeto de amor en la situación edípica, que igualmente lleva la carga de un amor muy intenso y

posteriormente una elección de objeto definitiva. Para llegar a su madurez definitiva tendrá que cambiar objeto y zona erógena (Freud, 1932).

En las fases, oral, anal, y fálica se establecen características tanto activas como pasivas, de naturaleza tierna como hostil. Uno de los más tempranos deseos sexuales es el de hacerle un hijo o parirle un hijo a la madre, ambos pertenecientes al periodo fálico. Además, en el periodo preedípico se evidencian fantasías de seducción por el padre que forma parte del complejo de Edipo típico de la mujer; sin embargo, la seductora será en el origen la madre. Es decir, que con los cuidados de la madre, se despertaron en la niña sensaciones placenteras en los genitales por primera vez. No obstante, esta relación está destinada a acabar en odio en donde una parte se supera y otra permanece (Freud, 1932).

Entre los reproches que se le imputa a la madre son su falta de amor basada en la insuficiencia de leche materna para satisfacer al bebé, sin embargo, es imposible saciar completamente al niño ya que esta pulsión oral siempre se encuentra en circulación. Esto da cuenta de que la pérdida del pecho es un acontecimiento del cual el niño nunca se recupera, y por otro lado la llegada de un nuevo bebé priva al niño de los cuidados y la atención de la madre por lo que se fundan celos y odio hacia la madre (Freud, 1932). Por lo tanto, en la intensidad de los reproches se evidencia que mientras mayor intensidad del amor se tenga por el primer objeto, tanto mayor será vivido el desengaño y la privación de las satisfacciones proporcionadas por la madre

“La muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio” (Freud, 1932, pág. 115). El complejo de castración comienza con la visión de los genitales del otro sexo, la envidia de pene es muy importante en el desarrollo de la mujer. En este sentido, tomaremos lo que Freud llama como “feminidad normal” en detrimento del complejo de masculinidad o la inhibición sexual, la niña ama a su madre fálica, pero al saber que ella también está castrada, su amor se va en detrimento y posibilita abandonarla como objeto de amor. Y el quehacer onanista clítorideano se abandona, renunciando una parte de la actividad, para poder realizar la vuelta al padre con mociones pulsionales pasivas (Freud, 1932).

El deseo con el que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originalmente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo la situación femenina solo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo (Freud, 1932, pág. 119).

En equivalencia el hijo aparece en lugar del pene. Por ende, el juego de muñecas que en el principio fue una identificación con los cuidados de la madre, ahora el juego con el hijo-muñeca será un hijo del padre y desde ese punto de partida, la meta más intensa de deseo femenino (Freud, 1932).

En tanto que el deseo femenino por excelencia cumple su meta y se llena de dicha cuando más tarde halla su realidad al tener un hijo. Con la transferencia del deseo hijo-pene al padre, la niña ha ingresado en la situación del complejo de Edipo y la madre deviene como rival que recibe del padre todo lo que la niña desea. Para la niña el complejo de Edipo es la resolución de un largo proceso preedípico (Freud, 1932).

En resumen, una de las elaboraciones de Freud acerca del deseo de hijo de la mujer comienza por un largo proceso preedípico en el cual la niña, al renunciar al deseo de tener un pene, este deseo se convierte en deseo de un hijo, donde el padre deviene como objeto de amor y la madre pasa a ser su rival. Esta relación con el padre abre la puerta para la búsqueda de otro objeto en el exterior, es decir un marido con el cual pueda crear un hijo.

Otro efecto del complejo de Edipo es introducido por el complejo de castración en la niña, quien, al no tener el peligro de castración, sino reconocerse castrada desde que se da cuenta de la diferencia anatómica de los sexos; no se establece el superyó tan implacable ni desligado completamente de sus orígenes afectivos, por lo tanto, la niña se deja guiar más frecuentemente por sus sentimientos hostiles o tiernos.

En consecuencia, al no establecerse un superyó tan implacable en la mujer, cuando se convierta en madre, evocará de la misma manera la forma de hablar, acariciar y nombrar a su bebé poniendo en juego también su capricho. En consecuencia, se evidencia que el Deseo de la Madre es una ley incontrolada, un capricho que debe ser atravesado por la ley del padre y de la cultura que no permita a la madre quedarse con su hijo como falo; sino más bien reconocerse como castrada y en falta.

Por lo tanto, el Deseo de la Madre ya se empieza a constituir en la infancia de la niña. Este se constituye a partir de una falta, que en el caso de la niña es el falo, por lo tanto, al entrar en el Edipo, la niña ya se reconoce como castrada y le reprocha a la madre no haberla dotado de un pene, que posteriormente cambiará por el deseo de un hijo.

Finalmente, el Deseo de la madre es caprichoso y debe estar limitado por el padre desde la infancia de la niña, porque cuando la niña crezca y sea madre tendrá que agenciar la intervención del padre como metáfora de la operación de castración hacia la madre para no permitirle quedarse con su hijo como falo.

1.3.1. Del Deseo de la madre a la Metáfora Paterna

La metáfora paterna “es en lo que se ha constituido de una simbolización primordial entre el niño y la madre, poner al padre, en cuanto símbolo o significante, en lugar de la madre” (Lacan, 1999, pág. 186). Lo fundamental se encuentra en poner la metáfora paterna en lugar del deseo de la madre; es decir, atravesar el complejo de Edipo. En el origen se formula la relación de la madre con el niño que se representa en el triángulo imaginario. La madre es la llamada a ser el medio a través del cual el niño experimenta el primer contacto con la realidad exterior. Por el otro lado, el padre opera a nivel simbólico, la función del padre le corresponde el Nombre del Padre como metáfora que reemplaza el Deseo de la Madre.

“Es el padre quien funda lo particular al permitir la salida de lo imaginario, de lo mortífero del Otro materno, a través de la sublimación. Sostiene que el sujeto deberá repetir el esfuerzo de la separación de la madre” (Febres Cordero de Espinel, 2011, pág. 10). La función de la metáfora paterna comienza cuando el padre interviene como polo identificatorio mientras que en la madre se encierra una función de muerte. La metáfora dará paso al niño a la cultura, barrando el goce mortífero de la madre (Febres Cordero de Espinel, 2011).

El niño depende del deseo de la madre porque la madre constituye un ser primordial que no solo brinda caricias y cuidados al niño, sino que responde al deseo del sujeto de ser deseado por la madre. A partir de la primera simbolización, el deseo del niño se afirma; sin embargo, se esbozan nuevas complicaciones porque el deseo del niño es “deseo del deseo de la madre” (Lacan, 1999, pág. 188). Entonces, el niño depende de este primer deseo de la madre, pero también es fundamental la función de la metáfora paterna para limitar este deseo sin ley que se vuelve mortífero si no es cortado por el padre.

En este sentido, el corte que se introduce por el Nombre del Padre, produce que la madre se interese por otra cosa, algo distinto a satisfacer solamente el deseo del niño.

Esta es la dimensión del falo, absolutamente necesario para estructurar el orden simbólico, que es ese “algo más” que siempre le hace falta a la madre (Lacan, 1999).

Este deseo de Otra cosa de la madre, siempre tiene un más allá que necesita la mediación del padre en el orden simbólico. “La posición del significante del padre en el símbolo es fundadora de la posición del falo en el plano imaginario” (Lacan, 1999, pág. 189). La función del padre es aquella como privador, como aquel que castra a la madre; pero si el infante no acepta que el padre prive del falo a la madre, el infante mantiene una determinada manera de identificarse con el objeto de la madre. De manera imaginaria se plantea la pregunta de ser o no ser el falo de la madre. Sin embargo, esta pregunta ha surgido mucho antes que el sujeto, es decir, por sus mismos padres pero el padre entra como portador de la ley (Lacan, 1999).

Tanto la madre como el hijo viven en el mundo de la palabra, el bebé debe pasar al estado de demanda y dirigirse a su objeto primordial, la madre. Posteriormente se articulará el deseo, sabiendo que, en este mundo de la palabra, somete el deseo de cada uno a la ley del deseo del Otro. Por lo tanto, “la primera prueba que tiene de su relación con el Otro, la tiene con aquel primer Otro que es su madre en tanto que ya la ha simbolizado” (Lacan, 1999, pág. 194). Si la intención de demanda se reconoce frente a la madre, es porque se ha podido atravesar la cadena significante.

El sujeto es sujeto cuando hay un significante que lo funda, y el primer sujeto es la madre, la madre como ser hablante y metáfora ya constituida al haber sido simbolizada su ausencia en el Fort-Da. El sujeto se funda cuando reconoce a su madre como sujeto que demanda y desea, es decir que está en falta. En este sentido, todo niño comienza como súbdito, sometido a aquello de lo que depende; sin embargo, lo fundamental reside en que la madre pueda dar un lugar al padre como mediador de su capricho. Se trata entonces del padre en tanto su nombre que, a través de la madre, el hijo también le pueda dar un lugar al Nombre del Padre para privar a la madre del objeto de su deseo.

Finalmente, la instancia paterna debe ratificar que tiene el falo, mientras que el niño debe identificarse con el padre, es decir, lo que se juega en este tiempo es la virilidad y la potencia de la Metáfora. “El padre está en una posición metafórica si y solo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley” (Lacan, 1999, pág. 202). Es por ello que el valor de la palabra de un padre depende en última instancia de la palabra de la madre, de cómo esta palabra dota de significado, o no, al papel del padre en la familia (Recalcati, 2018).

Lo que es relevante en la constitución del sujeto es el hecho de la existencia inconsciente del deseo de la madre y el niño no tiene otra salida que desear el deseo de la madre, es decir, convertirse en su falo, estar en el lugar del objeto de su deseo. Pero no es a la madre lo que el niño desea, es su deseo; por ello justamente no se puede hablar de madre de carne y hueso sino del agente materno, es decir, de su deseo (Lacan, 1999). En cuanto a la metáfora paterna, es la palabra del padre, ya sin mediación de la madre la que interviene para privar a la madre de su falo, es decir de su hijo; de no reintegrar su producto y devorarlo. Al igual que instaurar la interdicción del incesto, y que el niño se identifique con el padre en tanto él tiene el falo. En consecuencia, el padre le otorga al niño el don de tener un pene para usarlo más adelante (Febres Cordero de Espinel, 2011).

En el caso del Autismo, surge la duda acerca del deseo de la madre, si el niño no llegó a ocupar el lugar de objeto de deseo de la madre; entonces, ¿En qué lugar se encuentra? Porque es absolutamente necesario que el Otro, encarnado en una persona, pueda hacer de ese bebé su objeto de deseo, su falo; para que lo invista con significantes que significarán la vida del niño. El padre solo puede llegar si la madre le ha dado un lugar; es decir, que podrá intervenir primero a través de la madre y posteriormente directamente con su palabra, pero esto solo ocurre si la madre se encuentra en falta, y hace de su hijo, su falo, aquello que desea, y posteriormente vuelve a darle a su pareja el estatuto de aquello que él tiene y le hace falta.

1.4. Relación con el Otro en el autismo

En los apartados anteriores se ha realizado un recorrido por la constitución del Deseo de la Madre a partir del complejo de Edipo y la Metáfora paterna; entonces, se puede realizar un acercamiento a las características que presenta la relación del sujeto con el Otro primordial en el autismo. En este sentido, se escribirá acerca de la transformación del grito del bebé en un llamado dirigido al Otro primordial, y las posibles consecuencias en la subjetividad del bebé, si hay una dificultad en el reconocimiento de este llamado.

El sujeto se realiza cada vez más en el Otro porque está dividido por efecto de la palabra y del lenguaje, se encuentra dividido y su deseo desecho en la metonimia de la palabra, sin embargo, “el sujeto solo es sujeto por su sujeción sincrónica al campo del

Otro” (Lacan, 1964, pág. 195). Pero tanto el Otro real como el sujeto tendrán que salir airoso de ese campo, el sujeto tendrá que arreglárselas, ya que es implícito que también en el Otro existe esta dificultad respecto de las vías del deseo.

En el autismo no se encuentra la división del sujeto ya que existe una inminencia de goce, en este sentido, no se puede fundar una relación con el Otro porque el autista encuentra un doble en cada otro que conoce a quien necesita matar porque no ha eliminado la parte del lenguaje que lo sumerge en un goce sin límites (Tendlarz, 2016).

Según Lacan lo primitivo no es la comunicación ya que el sujeto que aún no está dividido por el objeto de su deseo, no tiene nada que comunicar. Los instrumentos de la comunicación están en el campo del Otro y el sujeto tiene que recibirlos del Otro. Es por ello que hay elementos que tienen que llegar del Otro para que un niño pueda asumirse como sujeto de su propio enunciado (Laznik-Penot, 1995, pág. 82).

Un bebé que no llama y que no responde a la mirada, desorganiza a la madre que representa al Otro primordial, por consiguiente, el mensaje que recibe el niño autista no viene del otro en forma invertida, sino de forma directa; es decir, que el bebé responde con obediencia absoluta al mandato materno, lo que produce un automatismo de repetición y el repliegue autista (Laznik-Penot, 1995).

En el autismo, la llamada no está dirigida al Otro, sino a la ausencia, si el Otro no está presente, entonces, los otros tampoco se encuentran. En el caso que atiende Rosine Lefort, Marie-Francoise no reconoce al Otro, el abandono de la madre le deja una ausencia real, a pesar de que Rosine esté ahí en la sesión con su cuerpo, no significa para Marie-Francoise que Rosine exista en tanto sujeto, en tanto Otro, el cuerpo del Otro no existe porque está ausente. Marie-Francoise está en el lugar del *objeto a* y a quien llama no es a Rosine aunque esté dentro de la habitación sino a un Otro ausente (Lefort, 1995).

Lo que Rosine Lefort (1995) puede articular acerca de Marie-Francoise es que la ausencia no se encuentra simbolizada, su ausencia real no permite una alternancia entre presencia y ausencia. Por lo tanto, el Otro se ha quedado sellado en lo real de la ausencia que no se puede representar, en este sentido, el Otro no está porque no puede ser representada su ausencia.

Para que el Otro exista, debe existir la demanda, un grito que se convierta en llamado dirigido a un Otro, pero el Otro debe existir para que se le pueda dirigir un llamado. En

el Ecuador existe una expresión que es particularmente el ejemplo de esta demanda dirigida al Otro, “guagua que no llora, no mama”, guagua es infante o bebé en el idioma quechua, y se refiere a este llanto del infante llamando al Otro, a su madre en general; mamar por otro lado, se refiere a pedir el seno de la madre para que lo alimente. Sin embargo, si el bebé no llora pidiendo el seno de la madre, en un estado de total pasividad en el cual no pide que lo alimenten, se puede inferir que el infante no está alienado en el Otro, no ha constituido una demanda y tampoco hay Otro para poder satisfacerla. Por lo tanto, del autismo se evidencia la dificultad de la relación del sujeto y el Otro.

Entonces, ¿Cómo nace el Otro?, ¿De qué forma se lo aprehende?, el laleo que emite el recién nacido debe ser acogido por la madre, Otro primordial, que hace del llanto del bebé un llamado organizado. En el origen de la vida solo se encuentra la madre y el bebé que tiene la potencia como hablante-ser de escuchar y tomar la palabra. Sin embargo, hasta que se realice esta inscripción, es la madre quien a través de su propio cuerpo donará la potencia de crear un borde y límite al cuerpo del bebé. Así como a través de sus palabras, le donará al bebé la posibilidad de tomar la palabra y de constituirse como sujeto. Las palabras enunciadas por la madre serán marcas en el cuerpo del bebé. Lo que entra por la oreja del bebé, se incorpora en el encuentro de esa palabra de la madre con el cuerpo del bebé, por lo tanto, algo se constituye en ese encuentro entre el cuerpo y la voz (Stiglitz, 2018).

El niño toma la posición de objeto del Otro materno y solo posteriormente tomará la posición de sujeto. Sin embargo, para que el niño tome esta posición, es preciso reflexionar acerca de la estructuración del Edipo femenino donde el niño es puesto como falo, en tanto que el objeto de deseo de la madre es el falo encarnado en el niño. Posteriormente, el niño podrá separarse de la madre, como sujeto de deseo (Egge, 2008).

Para explicar de forma detenida los momentos por los cuales transita un bebé para reconocer al Otro, se puede comenzar por decir que el ser humano a diferencia de los animales, nace en una red simbólica, inherente a cada cultura que existe antes de la llegada del bebé al mundo. Por lo tanto, el Otro primordial, generalmente la madre, tendrá que ser el vehículo del lenguaje, para que el niño pueda reinventarlo de acuerdo a su subjetividad, pero con el objetivo de hacerse entender por el Otro. En un primer momento el bebé grita para manifestar una necesidad, de hambre, de sueño, sensaciones

que le generan tensión, sin embargo, ese grito no va dirigido a nadie. En un segundo momento, el Otro, la madre va a interpretar ese grito, tratará de consolarlo o satisfacer una necesidad en particular. En el tercer momento surge una transformación en la cual el bebé percibe la existencia del otro a quien puede dirigirse, y el grito se convierte en llamada porque hay alguien que recibe ese mensaje y lo interpreta (Egge, 2008).

Una de las respuestas de la madre será suponer un sujeto que demanda, que siente un malestar y pide una respuesta. A esta demanda la madre puede darle un primer significado como: tienes hambre, tienes frío o tienes sueño, que en realidad siempre es una demanda de amor, de la presencia de la madre. Por otro lado, las madres comienzan a reconocer los diferentes signos, movimientos, y el sonido del llanto del bebé y a cada uno le otorgan un significado diferente. A partir de la respuesta materna, el bebé puede modular su demanda a través de signos. “En este momento el infante empieza a entrar en un código lingüístico simbólico fundado por el Otro materno” (Egge, 2008, pág. 85)

En el caso Marie Françoise de Rosine Lefort se ejemplifica la dificultad de emitir un llamado, la autora describe la escena de una sesión “Solo a través del Otro y hacia el Otro que soy yo podría Marie-Françoise emitir ese grito; pero me da la espalda” (Lefort, 1995, p. 280). Marie-Françoise es incapaz de dirigir una demanda que sea emitida por un grito (Lefort, 1995).

El grito emitido por el niño solo se significa en el Otro, el Otro es el que puede darle un significado al grito convirtiéndolo en llamado, por el contrario, si el Otro siempre responde al grito del bebé anticipando su mensaje, el bebé no podrá formular su demanda. La demanda está en la dialéctica de la asimilación o del rechazo tanto del niño como de la madre, la madre le puede pedir al niño que coma, que sonría, que haga sus necesidades; sin embargo, el bebé también tiene la posibilidad de rechazar esta demanda de la madre. Cuando el niño comienza a demandar siempre otra cosa, cuando comienza a llorar pidiendo algo más, ya no se satisface con la comida, es decir, con el objeto, se abre una nueva interrogación. El niño interroga a la madre acerca de su deseo es decir lo que le hace falta. Cuando el niño rechaza lo que pide, la madre comienza a preguntarse acerca de lo que realmente está pidiendo y la respuesta es aquello que no tiene la madre, el niño trata de comprobar cuánta falta le hace a la madre, es decir, demanda su amor de manera incesante e incondicional, y coloca a la madre en una posición deseante, es decir, en falta. De este modo el niño se asegura que no es el objeto de satisfacción de la madre, sino un sujeto al cual se le puede interrogar acerca de su deseo (Egge, 2008).

El deseo materno es un enigma para el niño, el falo está en tanto instancia simbólica, como un significante del deseo de la madre; sin embargo, el niño quiere tomar esa posición de convertirse en el falo de la madre, para saturar su deseo. Esta correspondencia del niño como falo de la madre, falla, porque la madre desea más allá del niño, en sus ausencias permite al niño saber que no lo es todo para la madre y puede fundar la orientación del niño hacia la búsqueda de nuevas identificaciones (Egge, 2008).

En el autismo el niño no ingresa a ser el falo de la madre, no reconoce a Otro como aquel que significa el real en el que vive, siempre el Otro es el que tiene la función de realizar los cortes necesarios para poner límites en los sonidos del mundo y los sonidos emitidos por el bebé, es decir lo exterior y lo interior, las pulsiones y los estímulos externos (Egge, 2008). El niño accede al lenguaje mediante una invitación, la invitación del Otro que le habla, y reconoce en él una palabra ahí donde solo hay ruido y sonidos indiferenciados. Cuando la madre le dice al bebé que lo ama, que es importante para ella, y lo llena de significantes, como que es gordo, pequeño, flaco, bonito, el significante atraviesa el cuerpo del bebé dejándole marcas en el cuerpo.

Para que el significante pase por el cuerpo del bebé, se debe hacer una renuncia al goce, se debe aceptar la existencia de un agujero en el Otro para que exista un agujero en el sujeto. En el autismo, el niño permanece en el puro real, no se promueve el paso del significante por el cuerpo, el objeto “a” no es extraído ni del Otro y por ende tampoco del cuerpo del niño; en consecuencia, el niño no puede diferenciar los objetos, ni su cuerpo, no puede poner límites y crear bordes entre él, es decir su cuerpo, y el cuerpo del otro, en sí de ninguna otra cosa que se encuentre a su alrededor (Lefort, 1995).

2. EL CUERPO EN EL AUTISMO

2.1. Cuerpo pulsional desde Freud

La noción de cuerpo en la teoría psicoanalítica es un punto central a trabajar, porque se sabe que no está garantizado a priori, sino que se tiene que ir construyendo en el psiquismo del bebé. En principio solo se puede hablar de un organismo viviente, que presenta estímulos endógenos que serán conceptualizados por Freud como pulsiones, y estímulos exógenos que son aquellos que provienen del exterior.

El concepto de pulsión nace del reconocimiento de estímulos endógenos que comienzan a diferenciarse de la idea de necesidades; en el texto: “Proyecto de psicología para neurólogos”, Freud (1950) se concentra en diferenciar los estímulos endógenos de los exógenos y propone que “el sistema de neuronas recibe estímulos desde el elemento corporal mismo, estímulos endógenos que de igual modo deben ser descargados. Estos provienen de células del cuerpo y dan por resultado las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad” (pág. 341). A pesar de una permanente pretensión por parte de Freud de encontrar una explicación científica, aludiendo a la idea de un aparato psíquico compuesto por un sistema de neuronas, también es el comienzo de una elaboración que toma en cuenta el cuerpo y las pulsiones desde un punto de vista diferente del ámbito biológico.

Para hablar del cuerpo en el autismo, primero se tiene que establecer la noción de cuerpo dentro de la teoría psicoanalítica, en donde éste implica una construcción subjetiva que no está garantizada solamente por el nacimiento biológico del bebé. Si bien el recién nacido está dotado de un sistema de órganos y aparatos que tienen la capacidad de realizar funciones específicas, es en la medida en que el bebé se inserta en el lenguaje que podría construir una imagen corporal y un cuerpo apalabrado por Otro.

Para Freud, médico neurólogo de formación, surge la duda acerca de fenómenos en el cuerpo como sede de las pulsiones que no puede explicar desde la medicina. En el escrito “Tres ensayos de una teoría sexual” Freud habla de las pulsiones parciales y dice:

(...) Lo que distingue a las pulsiones unas de otras y las dota de propiedades específicas en su relación con sus fuentes somáticas y con sus metas. La fuente

de la pulsión es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo de órgano (Freud, 1905, pág. 153).

Entender el trayecto de las pulsiones es importante porque se comienza a comprender cómo se establece una primera percepción de un afuera y un adentro para el niño, separar los estímulos externos de los internos es un trabajo que el bebé tendrá que realizar para organizar el mundo en el que habita, ya que de los estímulos externos podrá huir mediante una acción muscular voluntaria, mientras que de las pulsiones no podrá ni huir ni satisfacer por completo ya que son energía interna constante (Freud, 1915)

Freud establece que el sistema nervioso es un aparato que tiene como función conservarse exento de todo estímulo tanto externo como interno, a lo que Freud llamó principio de constancia, entonces:

(...) La pulsión por su parte es una fuerza constante que proviene del interior del propio organismo, es un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo que puede considerarse como motor de este sistema. (Freud, 1915, pág. 114)

Las pulsiones se componen de algunos elementos como: esfuerzo, meta, y fuente. La fuerza es el motor o la medida de esfuerzo o trabajo que representa; la meta siempre es la satisfacción que puede alcanzarse solamente cancelando el estado de estimulación; sin embargo, existen varias metas que pueden combinarse, permutar y además estar inhibidas o desviadas en lo que cabe hablar de satisfacción parcial. El objeto es aquello en o por lo cual es posible alcanzar una meta, este puede ser una parte del cuerpo propio y puede desplazarse a múltiples objetos o un mismo objeto satisfacer varias pulsiones; sin embargo, un objeto que mantenga una relación íntima con la pulsión se considera como una fijación que ocurre en edad muy temprana y produce una contrariedad con su desasimiento. La fuente es el proceso somático interior a un órgano cuyo estímulo es representado por la pulsión en la vida anímica (Freud, 1915).

Todo lo anteriormente mencionado es parte de la conceptualización y formalización de la teoría que Freud realiza para brindar una organización a las pulsiones y por ende comprender la constitución de la subjetividad. Sin embargo, es en este momento donde se llega a un punto fundamental en la teoría y es que el psiquismo del bebé aún está por desarrollarse, dando cuenta de la subjetividad, siempre dependerá de otro que lo ayude a

satisfacer las pulsiones que sobrepasan la capacidad del infante de comprenderlas y aplacarlas con una acción específica.

Para hablar de cuerpo en psicoanálisis es fundamental preguntarse sobre la concepción de qué es un cuerpo para Freud, y cómo se va formando a lo largo de la constitución psíquica del bebé. Cuando una persona nace, no tiene control sobre su cuerpo, es un organismo humano que tendrá que atravesar algunos momentos lógicos para tener plena conciencia de poseer un cuerpo y aun así no poder controlarlo completamente. Un bebé llora cuando nace, tiene algunos reflejos como el de succión, el de moro, el de prensión y de paso, y si no tiene ninguna lesión orgánica, su organismo cumple con todas las funciones básicas de manera adecuada como una máquina biológica automática, además, todos sus órganos internos están preparados para realizar las acciones pertinentes para conservar la vida del bebé. Sin embargo, mucho antes de su nacimiento si este es el caso, tanto la madre como el padre ya le hicieron un lugar en el lenguaje, para que cuando sea el momento, el bebé se pueda convertir en un sujeto anudado al lenguaje y él mismo pueda tomar la palabra y tomar un lugar, no obstante, el llanto es ya un modo de lenguaje que le permite establecer una relación con el otro (Laznik-Penot, 1995)

Los bebés no pueden valerse por sí mismos porque perdieron el instinto de saber exactamente qué tienen que hacer para sobrevivir. Las personas que cuidan al sujeto deben interpretar lo que le sucede y actuar en función de ello, de tal manera que pueda aliviar la tensión que siente. El concepto de “individuo auxiliador” lo elabora Freud como un “auxilio ajeno” donde un individuo experimentado se da cuenta del estado de tensión displacentera que presenta el niño que no puede hacer nada más que llorar y gritar para descargar esa tensión ya que no puede llevar a cabo una acción específica que alivie su tensión, entonces un adulto, puede brindarle una vivencia de satisfacción al realizar acciones como: alimentarlo o cambiarle de pañal y “sacar los gases”. Sin embargo, hay que reconocer que la primera descarga o alteración interior del bebé que son gritos y llanto, es fundamental porque al ser escuchadas y respondidas por otra persona, entonces adquieren una función de comunicación y de entendimiento (Bocanegra, 2017)

Es fundamental que el “individuo auxiliador” esté atento al estado de alteración interior del bebé, quien es el llamado a realizar una acción específica, es decir, la más adecuada con respecto a descargar la tensión que siente el bebé sin equivocar el

llamado, realizando una acción no muy alejada de la necesidad del bebé, esto se refiere a que el individuo auxiliador que lo cuida pueda darle de comer cuando tiene hambre y no suponer que el bebé llora porque tiene gases o quiere dormir (Bocanegra, 2017).

Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, este es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno (Freud, 1950, pág. 363).

La “acción específica”, según Freud, es el alejamiento o cancelación de un estímulo nocivo que llega desde el exterior y por otro lado satisfacer una necesidad que apremia desde el interior, es aportar un objeto que cancele el estímulo endógeno para que, en cualquiera de los dos casos, el sistema retorne a un estado de equilibrio o “principio de constancia”. Pero lo fundamental es que, a partir de la manipulación del cuerpo del bebé por parte del otro, se empieza a construir el psiquismo. El “individuo auxiliador” opera desde el exterior humanizando el cuerpo del bebé, e irrumpiendo en el sistema puramente biológico. Por lo tanto, el organismo biológico tiene la capacidad de cancelar un estímulo endógeno solo a condición de que sobre él se realice una “acción específica” desde el exterior, es decir, con ayuda de otra persona que esté atenta a sus necesidades, tomando en cuenta que el funcionamiento del cuerpo ocurre de manera inconsciente, ya que no existe desde el principio una conciencia o un yo que pueda organizar los estímulos endógenos, y depende de que otro pueda ayudarlo a escapar de un estímulo externo que altere su equilibrio o brindarle un objeto adecuado para satisfacer a un estímulo interno (Bocanegra, 2017).

Sin embargo, es primordial establecer que el organismo biológico es también un cimiento para la constitución del sujeto, en el cual la falta de capacidad del infante para un desplazamiento motor que lo ayude a huir o relacionarse con el medio exterior, crea un límite en la autosuficiencia funcional del sistema biológico que se traza frente a la imposibilidad de incidir sobre el mundo exterior. Por ello es fundamental que otro que es exterior, trace un primer movimiento, una primera acción para satisfacer al infante y que a partir de ahí el infante pueda trazar un límite entre un adentro y un afuera, sabiendo que él sólo no puede satisfacerse y que necesita de otro que está afuera para que en un primer momento pueda satisfacer su necesidad y que posteriormente él mismo pueda hacerlo (Freud, 1950).

Al comienzo de la vida la experiencia del cuerpo es caótica y desarticulada, ya que, si bien el sistema biológico tiene una organización y una manera automática de funcionar, la vivencia del recién nacido es inentendible, solo con la constitución del yo se logra cierta unificación y coherencia en el cuerpo, sin embargo, el caos y desarticulación se conservarán incluso en la vida adulta porque el cuerpo jamás estará en control completo del yo. La manera en la que inicia su funcionamiento el cuerpo biológico tiene un principio que Freud conceptualiza en dos momentos, en “Proyecto de psicología para neurólogos” con el nombre de “principio de la inercia neuronal” y en “Más allá del principio de placer” como “principio de constancia” el cual se refiere a que el sistema anímico trata de mantener lo más equilibrado o constante la cantidad de excitación que se presenta en él, es decir, conservar la homeostasis, como una especie de Nirvana (Bocanegra, 2017).

Sin embargo, el “apremio de la vida” es decir las pulsiones que nacen desde el interior del propio sistema pulsa, empuja, hace que se pierda ese equilibrio y lo único que puede hacer el infante en ese momento de desvalimiento es llorar, gritar o berrear, y solo puede vivir si un individuo auxiliador le proporciona un cuidado ajeno, sin olvidar que el llanto y el grito son ya modos de descarga que no son suficientes porque no resuelven el hambre o el dolor o el frío, por lo tanto, se necesita de alguien más que responda al llanto y pueda interpretar este empuje que desequilibra al bebé y que este otro pueda encontrar la manera de coincidir con una respuesta apropiada para su descarga. Es aquí también donde el llanto se establece ya no solo como una simple descarga sino como una forma de comunicación, que si no es interpretada como tal por el otro, no se convertirá en un mensaje como una petición de ayuda para restablecer el equilibrio del cuerpo (Bocanegra, 2017).

Como último punto se puede decir que estas vivencias que el infante experimenta cargadas de tensión, dejan una marca en el bebé, una huella imborrable en la memoria, una huella mnémica, que es el primer elemento que deja una marca en el psiquismo, primer elemento inscrito en la psique. Por lo tanto, estas huellas mnémicas, en el orden de la memoria, tanto conscientes, como inconscientes, es decir, desalojadas o alojadas en lo consciente tienen un valor de fundamento en el psiquismo. Finalmente, se concluye que estas experiencias que el infante vivencia en lo corporal, la tensión y su descarga dejan una huella mnémica que funda la vida psíquica, en otras palabras, lo corporal se hace psíquico por el paso hacia una representación, una marca que se queda

en la memoria, que sin embargo quedará cubierta por el manto de la amnesia infantil y relegadas a lo inconsciente (Bocanegra, 2017).

En el autismo las pulsiones no se ligan al Otro, no realizan un recorrido necesario pasando por el Otro, por lo tanto, las pulsiones en el principio del recorrido se podrían nominar como autoeróticas. Se puede plantear que, en el autismo hay un anclaje en el autoerotismo, ya que no se realiza la operación lógica que sería el narcisismo y la formación del yo porque no hay una diferenciación entre el yo y no-yo o un adentro y afuera. Freud (1914) hace corresponder a la libido en los tiempos de las pulsiones autoeróticas primordiales que pueden ser un yo-ello indiferenciado, porque las pulsiones autoeróticas están desde el principio, sin embargo, el yo inherente al narcisismo no se encuentra a priori, se constituye y no se encuentra desde el principio (Basso, 2013).

Por lo tanto, la vida sexual del infante es autoerótica debido a que su objeto se ubica en el propio cuerpo, y las pulsiones parciales pretenden conseguir satisfacción cada una por su cuenta, mientras que en la vida del adulto llegarán a ser unificadas al servicio de una sola consecución de placer que es la función de reproducción. Freud dice, “las pulsiones parciales, bajo el primado de una única zona erógena, han formado una única organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno” (Freud, 1905, pág. 179), cosa que no sucede en el autismo, porque no hay un objeto en el exterior al cual dirigir la pulsión, sino que la hipótesis gira en torno a una vida sexual que se satisface de manera autoerótica y parcial.

Freud explica en “Introducción del narcisismo” que: “El narcisismo, en este sentido, no sería una perversión, sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo” (Freud, 1914, pág. 72), por un lado, aquellos llamados parafrénicos pueden llegar a cancelar las acciones motrices específicas para dirigirse a otras personas en un vínculo erótico, sin embargo aún lo conservan como fantasía con objetos reales o imaginarios de sus recuerdos. En este caso los llamados parafrénicos pueden realizar un recorrido hacia un objeto externo pero en un segundo momento devuelven toda esa energía hacia sí mismos, lo que sucede en estos casos es que la libido dirigida hacia el exterior volvió al yo, y de ello surgió la conducta narcisista, sin embargo, en el autismo no sucede de la misma manera porque las pulsiones no se dirigen hacia un objeto en ningún momento sino que se satisfacen en su propio cuerpo sin dirigirse al exterior, por lo que se puede considerar una satisfacción autoerótica (Freud, 1914).

En este escrito se puede distinguir la separación que hace Freud entre libido yoica y libido de objeto, según lo cual postula que mientras más gana la una, más se empobrece la otra.

En definitiva concluimos, respecto de la diferenciación de las energías psíquicas, que al comienzo están juntas en el estado del narcisismo y son indiscernibles para nuestro análisis grueso, y solo con la investidura de objeto se vuelve posible diferenciar una energía sexual, la libido, de una energía de las pulsiones yoicas (Freud, 1914, pág. 74).

“Las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (Freud, 1914, pág. 74). Además, la energía psíquica podría convertirse en libido solo si se atraviesa la investidura de, es decir solo cuando se establezca una diferencia primordial entre hambre y amor, donde el individuo es fin y eslabón dentro de una cadena sin que la voluntad intervenga. En este sentido, si se supera la fase de autoerotismo se podrá establecer el narcisismo primario y secundario que se explicarán a continuación (Freud, 1914).

Se pueden establecer dos tipos de narcisismo: el narcisismo primario que es inherente al niño, y el narcisismo secundario que solo se puede formar cuando ya ha existido una investidura de objeto. En el narcisismo primario la libido de objeto y la libido de yo conviven la una con la otra en una relación inversamente proporcional, donde si la una crece la otra disminuye. Por consiguiente, se puede decir que el narcisismo es un estado intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto. El yo ideal es parte del narcisismo primario, producto de una identificación primaria con los progenitores donde aún no se ha aprehendido la diferencia sexual. El narcisismo secundario por otro lado se funda a partir de un acto psíquico en el que se crea el yo reconociendo ya a los otros; sin embargo, todavía la energía libidinal se coloca toda en el yo (Freud, 1914).

Posteriormente, se puede hablar ya de una elección de objeto propiamente dicha. Existen dos tipos de elección de objeto: la de apuntalamiento y elección de acuerdo a su propia persona, donde ya se cuenta como una transformación de pulsiones yoicas a pulsiones sexuales cuando ya se ha realizado una investidura de objeto. Los objetos escogidos por apuntalamiento por los niños son aquellos más cercanos a ellos como por ejemplo su madre, es decir, una persona encargada de su nutrición y cuidado, por lo

tanto, ella se convertirá en su primer objeto sexual. Sin embargo, también se puede elegir el objeto de amor según su propia persona, es decir, una elección de objeto narcisista y esto da cuenta que siempre habrá narcisismo primario. El narcisismo originario del niño lo transfiere al objeto sexual, esto da origen al enamoramiento que conduce a un empobrecimiento libidinal del yo que favorece al objeto (Freud, 1914)

De lo expresado anteriormente, y como elemento fundamental para la construcción de la noción de cuerpo en la obra de Freud se puede decir que el autoerotismo se refiere a una sexualidad concentrada en el cuerpo propio, obtiene satisfacción solo recurriendo a su propio cuerpo, solo se ha configurado a través de las pulsiones parciales porque aún no nace un yo que se haya unificado. Las pulsiones parciales fragmentan el cuerpo, son anteriores a la instalación del narcisismo que corresponde a la unificación de un yo y la imagen del cuerpo como un todo; es decir, la unificación de la imagen corporal, la constitución del aparato psíquico depende de la relación que el sujeto establece con su cuerpo en función de las respuestas a las pulsiones y sus fuentes (Freud, 1914).

Entonces para Freud (1914) el cuerpo se constituye cuando se pueden unificar las pulsiones parciales en un yo, es decir una imagen corporal unificada. Las zonas erógenas son el contacto entre el interior y el exterior y el yo es una superficie, la posibilidad de registrar al cuerpo de cada uno como propio como perteneciente a uno mismo, solo viene dado por una unidad que es la del narcisismo, ya que la zona erógena se constituye en el contacto, en base a la historia libidinal de cada sujeto, cómo fue mirado, tocado, mecido, alimentado, y cómo se recortan las zonas erógenas.

Sin embargo, solo se podrán recortar retroactivamente si se produce la castración, el cuerpo delimita un lugar propio en el que el Otro no puede ingresar, establece un límite, un adentro y un afuera y una barrera para el cuerpo del Otro y de los otros. Hay que reconocer un punto importante en el que el Otro también está castrado, puede responder a las necesidades del bebé para palear una pulsión específica, sin embargo, no se puede mantener el equilibrio y la cantidad de energía que pulse no podrá ser eliminada por completo (Bocanegra, 2017).

En el narcisismo se constituye el yo, que es el que realiza el examen de realidad; no obstante, aún no hay pérdida de objeto, por lo que se puede colocar un nombre a las cosas que se presentan en la realidad mas no representarlas en su ausencia, es difícil para el niño con autismo diferenciar un adentro y un afuera además de pensar en la representación de las cosas sin que ellas estén en la realidad (González, 2014). Por lo

tanto, se puede decir que existe una dificultad en la fase del narcisismo y la investidura de objeto porque no se ha podido reconocer a otro y la energía psíquica se queda en el propio cuerpo de manera autoerótica.

Finalmente, después de todo el recorrido que se ha realizado a través de algunos conceptos propuestos por Freud para reflexionar acerca de la constitución del cuerpo, se evidencia que el infante tiene una tensión endógena que pulsa constantemente y que por su condición de desvalimiento no puede satisfacer solo; para ello, una forma de descarga de la tensión es el llanto que adquiere estatuto de lenguaje si hay un “individuo auxiliador” que atienda al llanto como un llamado y brinde una primera satisfacción, es decir, que realice una acción específica que aporte un objeto adecuado y deje una huella en el cuerpo del infante (Freud, 1950). Sin embargo, si no se ponen en juego estos dos elementos que son atender el llamado por un individuo y dejar una huella en el cuerpo del bebé; entonces, las pulsiones no pasarán por otro individuo que las atienda e intentarán ser satisfechas autoeróticamente sin pedir auxilio a otro, impidiendo la formación de una imagen unificada del mismo, la creación de un yo y el paso al narcisismo y la relación de objeto, quedándose en el autoerotismo (Freud, 1914).

Si Freud establece que el cuerpo en tanto pulsional es un cuerpo hecho de palabras, actualmente se intenta borrar el cuerpo y por ende al sujeto del inconsciente, el cuerpo erógeno de Freud, hecho de palabras, de representaciones, se está convirtiendo en pura carne lo que resulta como un problema para lo social, la exacerbación de lo imaginario, de los cuerpos perfectos, se intenta eliminar un cuerpo que suda, que tiene poluciones, que emite heces fecales, que eructa, no se tiene tiempo ni paciencia para cuidar, para libidinizar el cuerpo de un bebé, ahora el cuerpo no habla, es pura carne, no adquiere tonicidad; la comida, el seno no vienen cargados de significantes, y el grito es pura descarga de tensión, ya no un llamado al Otro. Al bebé se lo quiere callar en vez de escucharlo, de preguntar, de brindarle palabras, de invitarlo al lenguaje, es pura carne, imposible de educar y de controlar.

2.2. Los objetos pulsionales Lacan

En el anterior apartado se realizó un recorrido a través de las nociones que Freud plantea acerca del cuerpo; en este sentido, se destacan tres conceptos importantes que servirán de puente para articular los conceptos que propone Lacan en su elaboración

sobre la noción de cuerpo. El primer concepto es la pulsión como límite entre lo anímico y lo somático, donde ya no se puede hablar de un cuerpo puramente biológico, sino que el organismo de la cría humana, a través de la intervención de un otro, se convertirá en un cuerpo pulsional (Freud, 1950).

El segundo concepto es el autoerotismo que hace referencia a la primera fase de la sexualidad infantil; en este primer momento, el bebé solo obtiene satisfacción recurriendo al cuerpo propio, es decir, no pide auxilio a nadie en el exterior frente a los estímulos endógenos que lo tensionan, sino que se libera mediante el llanto o los movimientos musculares. Finalmente, el último concepto que se destaca es el yo, que se constituye en un segundo momento lógico que corresponde al narcisismo, en el cual el yo se construye como una superficie-cuerpo que corresponde a la unificación de la imagen corporal como un todo (Freud, 1914).

En el caso del autismo se produce un estancamiento en la fase autoerótica en la cual aún no se ha constituido un yo, ni un cuerpo, ni las pulsiones hacen un recorrido pasando por el Otro; por lo tanto, tampoco se reconoce la presencia del Otro primordial o individuo auxiliador. En consecuencia, la pulsión no realiza su recorrido constituyendo al sujeto en relación al Otro (Freud, 1914).

Lacan aumenta la voz y la mirada como dos nuevos objetos pulsionales además de los que plantea Freud en sus postulados, conceptos importantes que servirán de elementos para construir una noción sobre el cuerpo en el autismo. Lacan se basa en una lectura de Freud para postular su teoría acerca de los objetos pulsionales los cuales tienen la característica de ser parciales.

Jacques Lacan en el seminario XI “Los cuatro conceptos fundamentales” (1964), trabaja el concepto de *Trieb* (pulsión), como concepto fundamental en la obra de Freud por su carácter primigenio, arcaico y primordial que hace referencia al límite entre lo anímico y lo somático. Es importante diferenciar la pulsión del instinto, ya que se puede llegar a confundir el instinto animal que tiene un objeto específico para su satisfacción, con la pulsión del ser hablante que no tiene un objeto específico que pueda satisfacer la pulsión; en este sentido, la pulsión se caracteriza por ser una fuerza constante que no se satisface con ningún objeto determinado (Lacan, 1964).

Esto quiere decir que ningún objeto puede satisfacer la pulsión, y aquí se puede mencionar el punto más importante del concepto de pulsión y es que la boca no se satisface con “comida”, sino con el placer de la boca misma. La boca está en el

principio de la satisfacción, “lo que va a la boca vuelve a la boca y se agota en ese placer que acabo de llamar” (Lacan, 1964, pág. 175). Lo importante es señalar que la función del pecho, por ejemplo, es de *objeto a*, causa de deseo, y hay que concebirla como el lugar que ocupa en la satisfacción de la pulsión que es el contornear desde el sujeto hacia el Otro y dar la vuelta. En este sentido, el ejemplo de la boca, los labios y los dientes es que son la fuente de la pulsión oral, es decir, es ahí donde se encuentra el punto de partida de la pulsión, sin olvidar que la fuente está delimitada por un borde y un margen que le otorgan un límite y determinan un lugar de intercambio entre el interior y el exterior.

Tanto Freud como Lacan dan cuenta que las pulsiones son pulsiones parciales en referencia a la finalidad biológica de la sexualidad; sin embargo, la pulsión misma es el montaje mediante el cual la sexualidad participa en la vida psíquica del inconsciente remitiéndose a una estructura de hiancia, considerando que lo fundamental de la pulsión es el vaivén con que se estructura. Además, la pulsión tiene un carácter circular y en su regreso en circuito lo que aparece es el sujeto, recalcando que el otro aparece solo si la pulsión llega a cerrar su trayecto; es decir que con la aparición en el otro, puede ser realizada la función de la pulsión. Por lo tanto, en cuanto al autoerotismo se hace referencia a una boca que se besa a sí misma, es una boca cerrada donde la flecha, el vector no recorre ningún trayecto, sino que se cierra sobre su satisfacción; es decir, no hay un Otro sino una satisfacción en el propio cuerpo; por ende, no recorre ningún circuito y el sujeto no aparece (Lacan, 1964).

Cabe mencionar que en este trayecto el objeto es un hueco, un vacío cuya instancia se conoce como objeto perdido “a”, ya que no hay alimento alguno que satisfaga la pulsión oral sino solo contorneando el objeto siempre faltante. Aquí cabe puntualizar algo fundamental dentro del campo de las pulsiones, y es que no son efecto de un proceso de maduración, donde se esperaría pasar de la pulsión oral a la anal, como en etapas de desarrollo, sino que es el producto de la intervención, de la inversión de la demanda del Otro, pero si no hay un Otro que demande en el recorrido no se anudaría con el cuerpo, es por ello, que la comunicación no es lo primero en los niños, porque ellos no piden ni demandan nada en principio, ya que no saben de la existencia del Otro; por lo tanto, los elementos de la comunicación tiene que recibirlos del campo del Otro y si este no existe tampoco se constituirá la demanda (Lacan, 1964)

El bebé se encuentra en una relación asimétrica con el Otro. Por consiguiente, el papel del Otro es fundamental para donar estos elementos de la comunicación (Laznik-Penot, 1995). Uno de estos elementos es la capacidad de la madre de tener la ilusión anticipatoria de escuchar significaciones donde solo hay masa sonora; es decir, que la palabra debe ser escuchada y sostenida por el Otro. Es indispensable creer que hay un mensaje en estos sonidos que emite el bebé, y que estos van dirigidos a la madre quien realiza interpretaciones que precipitan una significación (Laznik-Penot, 1995).

Es así que la pulsión es un empuje o tensión constante de excitación que realiza un trayecto que pasa por el Otro y retorna, parte del organismo desde la fuente, es decir la zona erógena localizada en el organismo que solo tiene consistencia mediante la extracción del *objeto a* que asegura el trazo de un recorrido circular que crea un borde y regresa a la meta. Este recorrido permite tres cosas, la primera es la extracción de goce y la delimitación de un borde, la segunda es el reconocimiento de un Otro y la tercera es la satisfacción que siempre regresa al mismo lugar (Lacan, 1964).

El paso del significante por el cuerpo lo unifica, el organismo del viviente solo se construye como cuerpo, en la medida que hay Otro que le devuelve su imagen. El Otro certifica que ese cuerpo está unificado como un todo y es propio de la persona. Por lo tanto, lo que transforma al organismo viviente en cuerpo, es el lenguaje. Cuando el significante atraviesa un organismo viviente, se transforma en un cuerpo, ya que sufre una pérdida de goce de lo viviente, así el cuerpo queda desnaturalizado y afectado por un déficit o una falta, para poder ingresar en el lenguaje (González, 2014).

“La pulsión se constituye en la forma más arcaica de relación entre el sujeto y el Otro, vínculo que se establece a través del objeto medio de satisfacción pulsional, llamado objeto a por Lacan” (González, 2014, pág. 58). Por lo tanto, para que un sujeto se constituya es necesario la intervención del Otro, como lugar donde se sitúa la cadena significante. Que el ser viviente devenga como sujeto, depende del retorno pulsional bordeando el *objeto a* que produce una falta en el Otro.

Por otro lado, es importante mencionar lo que el psicoanálisis entiende por *objeto a*. En el diccionario de Dylan Evans se define al *objeto a* como el objeto que causa el deseo, es decir, que pone en movimiento el deseo y las pulsiones giran en torno de él, no intentan obtenerlo. Además se define como “el remanente que deja detrás de él la introducción de lo simbólico en lo real” (Evans, 1997, pág. 141). Según Lyda González (2014) el *objeto a* es un hueco, un vacío que podrá ser llenado con objetos parciales que

son semblantes del *objeto a*, en la primera satisfacción cae el objeto real fundando la demanda y fundando el agujero de la falta que solo se dibuja a través del trayecto circular de la pulsión. En el autismo no hay esta extracción del objeto, por lo que el real se presenta sin agujero lo que provoca un exceso de excitación difícil de tramitar.

En principio no hay un sujeto, el sujeto aparece solo si la pulsión llega a cerrar su trayecto de forma circular, entonces el sujeto es el otro, porque solo con la aparición en el otro la pulsión puede realizar su función y constituirse la función de sujeto de la pulsión (González, 2014). Sin embargo, el sujeto solo aparece en un tercer momento después de la ida y vuelta del circuito pulsional sobre la zona llamada erógena y se sabe que la estructura pulsional es acéfala, es decir que es un empuje que no necesita de un sujeto para su existencia.

El *objeto a* ordena los elementos que intervienen en el circuito de la pulsión y hace consistir la función del sujeto, ya que en un tiempo anterior en lo que se llama un momento presubjetivo, solo existe el objeto de la pulsión mas no el sujeto, en este momento se encuentra el autista, en una constante tensión y exceso en lo real que no tiene un agujero (González, 2014).

“El Otro es el lugar donde se sitúa la cadena del significante que rige todo lo que, del sujeto, podrá hacerse presente, es el campo de ese ser viviente donde el sujeto tiene que aparecer” (Lacan, 1964, pág. 212).

Aquí se superponen dos faltas. Una se debe al efecto central en torno al cual gira la dialéctica del advenimiento del sujeto a su propio ser en la relación con el Otro –debido a que el sujeto depende del significante y el significante está primero en el campo del Otro (Lacan, 1964, pág. 213).

Es condición imprescindible la intervención del Otro para la construcción del circuito de la pulsión de la intervención del Otro simbólico como lugar donde se sitúa la cadena significante, depende que del ser viviente devenga un sujeto como efecto de un retorno de la pulsión.

“El Otro es el campo donde el objeto “a” viene a ejercer su función como ordenador del montaje de la pulsión” (González, 2014, pág. 63), entonces el vínculo entre el sujeto y el Otro se lo realiza por medio de la pulsión que realiza su trayecto circular bordeando el *objeto a* que da consistencia a este trayecto y deja además un efecto de agujerear al Otro.

Jean-Claude Maleval menciona que es posible formalizar ciertas características de una estructura autística como la retención inicial de los objetos pulsionales, la mirada, la voz, las heces y el alimento son rechazados o retenidos porque son los objetos que están movilizados por los primeros intercambios con los padres (Maleval, 2017).

El niño autista rechaza el hecho de hacer entrar los objetos pulsionales en el intercambio con el Otro, porque eso implica el ceder algo al Otro, es decir, dar y recibir. Existe una retención de los objetos pulsionales, no los puede ceder porque resultarían como una pérdida difícil de soportar; al no ceder los objetos pulsionales la dinámica del deseo no se constituye, así el sujeto no toma el riesgo de comprometer su deseo, por lo tanto, el autista se constituye en la soledad porque al no ceder los objetos pulsionales, no se enlaza al Otro (Maleval, 2017).

2.2.1. El objeto voz

Si la pulsión es el vínculo que enlaza el sujeto con el Otro, y a los sujetos autistas les es imposible ceder los objetos pulsionales, entonces ¿Cómo se realiza la relación con el Otro?; si existiese alguna relación, ¿Acaso ésta es de rechazo absoluto?; ¿Cómo el objeto voz penetra el oído del viviente para atravesar su cuerpo y enlazarlo al lenguaje?, convertir la carne en cuerpo a través de la palabra que lleva inscrita un significante S1 y enlazarla con otro significante S2 es una operación delicada que muchas veces se la da por hecho, sin embargo, los sujetos autistas, dan cuenta que esta operación no es tan sencilla como parece. Además, el Otro primordial tiene la función de escuchar la voz del sujeto, atender su demanda, recortar la masa sonora y convertirla en una palabra y donar los elementos necesarios para que el sujeto a devenir pueda enlazarse al lenguaje, tomar la palabra, demandar y en última instancia desear.

Según Jean Claude Maleval el origen del trastorno del autismo radica en la dificultad para tomar la palabra de un modo auténtico, se plantea que el autismo no es una enfermedad sino un funcionamiento subjetivo singular, en el cual se presenta una dificultad para regular el goce en conexión con el intelecto que tropieza con dificultades específicas en cuanto a la percepción, pensamiento y relación con los demás (Maleval, 2011).

En este mismo texto se señala los cuadros clínicos descritos por Leo Kanner en 1945 en Baltimore y Hans Asperger en 1944 en Viena, cuadros clínicos diferentes a la

esquizofrenia infantil, al cual lo llaman “autismo”. Este cuadro clínico descrito por Kanner parte del principio de una soledad autística extrema, pero sin presencia de una relación inicial, mientras que para Asperger se trata de una restricción de las relaciones con el entorno (Maleval, 2011).

Según Maleval (2011) los padres de los niños autistas advierten que sus hijos pueden pronunciar palabras nuevas, sin embargo, no las usan en el sentido de poner de manifiesto una palabra emitida por un sujeto.

En 1975, Lacan propone nombrar a los autistas como personajes “verbosos” y explica que existe una carencia enunciativa donde el infante no pone en juego el goce vocal ni su presencia como sujeto, es decir, no adopta una posición de sujeto enunciator. La voz gobierna el investimento del lenguaje, esto le permite al infante estructurar las imágenes y las sensaciones del mundo, por el contrario el funcionamiento autístico constituye protegerse de toda emergencia angustiante del objeto voz, no de la sonoridad de la palabra, sino de la presencia del sujeto en su decir, tanto de su voz como de la voz del Otro; la voz del autista no falicizada, produce horror y eso es de lo que se protege (Maleval, 2011, pág. 71).

En la “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma”, Jacques Lacan hace algunas puntualizaciones acerca del autismo y dice que el ser humano es esencialmente un ser hablante, que es la madre la que le habla al niño, pero también es necesario que el niño escuche, entonces, escuchar forma parte de la palabra porque lo que resuena de la palabra es algo constitucional al ser hablante. Lacan menciona que los autistas se escuchan a sí mismos, escuchan muchas cosas y articulan esas cosas, sin embargo, hay algo que se congela, que es difícil escuchar pero que finalmente se trata de personajes verbosos (Lacan, 1950a)

El sujeto autista es dolorosamente libre de la imposibilidad del lenguaje, el sujeto autista rechaza toda dependencia respecto del Otro “se rehúsa a ceder el objeto de su goce vocal, de modo que se resiste radicalmente a la alienación de su ser en el lenguaje” (Maleval, 2011, pág. 74)

El bebé humano es en principio un cúmulo de pulsiones sin sentido, un trozo de carne que debe ser apalabrado por Otro quien dará dirección a las pulsiones que se encuentran desorganizadas. Todo bebé nace dentro del lenguaje, lo simbólico lo precede como una red donde él tendrá que elegir si anudarse y dar el paso hacia “tomar la

palabra” o no hacerlo. Para realizar este paso, es importante tomar en cuenta la pulsión invocante, la cual es la voz que actúa como llamado al Otro (Maleval, 2011).

Este llamado lleva implícito el reconocer al Otro y además ser reconocido por éste, es decir, que el sujeto pueda hacerse un lugar en el lenguaje, fundar el agujero y establecer un borde que posteriormente devendrá en la falta. Sin embargo, en el autismo se establece una dificultad para bordear el agujero; ya que las pulsiones como energía, no están significadas, y en consecuencia persiste una dificultad para anudarse con lo simbólico (Maleval, 2011).

El niño se sumerge en el lenguaje que lo precede ya que antes fue hablado, inscrito en una historia que fue la de sus padres y el lugar que va a llegar a ocupar en sus vidas, sin embargo, Jean Bergés habla de un primer forzamiento que es el respirar al nacer, y este se paga con la pena de muerte si no se lo realiza; sin embargo, el segundo forzamiento corresponde a apropiarse del lenguaje, este paso también bajo la pena de permanecer al margen, de no hablar, como los niños autistas (Bergés-Bounes, 2012).

Para dar un ejemplo claro del rechazo del sujeto autista al Otro y su dificultad para anudarse al lenguaje se puede observar en algunos videos que realiza Marie Christine Laznik la forma en que los bebés de tres a cuatro meses de edad rehúsan la mirada y a partir de ahí también el pacto de responder a la voz, estos niños tienen la posibilidad de desconectar las vías que atraviesan desde la corteza cerebral hasta el oído como si rehusaran la voz, sin que ello implique un daño biológico, por lo que es difícil constituir sujeto y pulsión (Bergés-Bounes, 2012).

Además, se puede dar un ejemplo de un caso atendido por Lyda Gonzales, psicóloga psicoanalista que trabajó con un niño al que denomina H. Este niño presenta ecolalia y tiene la particularidad de “tragarse las palabras”, la que no es una respuesta ni una interlocución, sino que se trata de una estrategia para reducir el retorno de lo real del Otro, así H logra huir de la demanda invasiva del Otro a través del *objeto a* voz que es susceptible de ser tragada, entonces H logra controlar la demanda del Otro por medio de tragarse las palabras convirtiéndolo en una acción cotidiana en la cual se traga aire cuando habla para no ceder el objeto voz; además H habla en tercera persona, lo que da cuenta de su no implicación en aquello que dice (González, 2014).

Para dar una mejor explicación a este caso se debe especificar que es “lalengua” neologismo utilizado por Lacan para nombrar aspectos no comunicativos del lenguaje,

Según el diccionario de Dylan Evans Lacan crea la palabra *lalengua* para nombrar el sustrato polisémico y caótico por el cual está formado el lenguaje, además se basa en la homofonía y ambigüedad que generan un modo de goce (Evans, 1997).

En este sentido, se puede decir que la relación del autista con las palabras se congela, *Lalengua* encarna el S1 o significante amo, pero no se sujeta a otros significantes formando una cadena. El significante Uno o S1 está del lado de la sonoridad y fuera del sentido, entonces en el autismo se puede pensar que solo hay un cúmulo de S1 como un enjambre, en donde no se enlaza un S1 con otro S1 para producir un sujeto. En el nivel de *Lalengua* nadie comprende a nadie, no hay sentidos, ni un S2 que pueda remitirse a un S1, dándole alguna forma de cadena, por lo tanto se puede inferir que cada uno fue investido con una *Lalengua* diferente que impide la comunicación entre sujetos (González, 2014).

“El lenguaje introduce una normalización de *lalengua* a favor de la comunicación y del lazo social” (González, 2014, pág. 91). Cada ser hablante toma del Otro su propia *lalengua* e inviste los significantes de forma particular como medio de satisfacción pulsional, esto pasa antes del advenimiento del sujeto en el plano de lo auditivo como medio de satisfacción pulsional (González, 2014).

La voz resuena en el vacío del Otro; cuando se ha agujereado al Otro, existe la posibilidad de escuchar una palabra donde solo existía una masa sonora, la voz propia se manifiesta como sonido ajeno y se articula en el vacío del Otro que lo ha creado para acoger la voz del infante (González, 2014). Solo como efecto de la separación, se crea un vacío y emerge el *objeto a voz* que establecerá el circuito pulsional con el Otro.

Cuando se ha desprendido un objeto entonces se puede crear una imagen corporal porque el otro ya no es él mismo, sino que lleva una distancia. Al reconocer al otro en su imagen, también podrá reconocerse a sí mismo a través del otro; si no se crea este circuito pulsional donde se haya producido un corte en lo real, no habrá la posibilidad de reconocer al Otro y tampoco habrá un cuerpo o una imagen (González, 2014).

Algunos autistas rechazan ceder su voz a las expectativas del Otro, porque lo viven con mucha angustia o una pérdida que sería equiparable a una mutilación, es decir, una angustia irracional de entrar en la interacción con otros (Maleval, 2017).

La retención del objeto voz suscita el problema de la comunicación ya que su cesión significaría el comienzo de la relación con el Otro. Por lo tanto, pueden suceder dos

cosas, en primer lugar, cuando el bebé no demanda nada, se encuentra muy tranquilo no llora, no pide alimento entonces los padres no pueden interpretar una demanda, o en el segundo caso en el que los gritos se convierten en aullidos que no se pueden detener, donde tampoco se podrían interpretar como demandas (Maleval, 2017). No se produce un enganche al Otro al no convertirse el grito en llamado, por lo tanto, la incorporación del significante no tiene lugar.

Jean-Claude Maleval dice que el significante emerge del balbuceo siempre y cuando el Otro lo confirme (Maleval, 2017), para ejemplificar dicho enunciado se puede decir que el Otro primordial comienza a cantar a su criatura, mientras le da un lugar de sujeto a devenir; como parte de su ilusión anticipatoria, le habla, le cuenta cosas, supone que hay un sujeto que la escucha, además le pregunta ¿Cómo está?, ¿Qué ha hecho? y supone en su balbuceo una respuesta, incluso en el gorjeo cuando solo emite sonidos, este Otro primordial le da un sentido a esta masa sonora que aún no se forma de consonantes, vocales, o fonemas, sino solo de sonidos. Cuando la otra persona va regulando y repitiendo una sola sílaba, el bebé que ya se ha enganchado con la demanda del otro, podrá emitir el mismo sonido para complacer esta demanda. Pero aún antes de emitir una palabra o una sílaba, la intención y el interés con el que se dirige el bebé al Otro primordial, es el que posibilita cualquier introducción al lenguaje.

En el caso del autismo, el lenguaje no se realiza a través del balbuceo, sino a través de la ecolalia y del escrito, porque en principio el balbuceo se concibe como una forma de llamar al Otro y ligar el lenguaje a los afectos, sin embargo, los autistas no pasan por esa experiencia. Para los sujetos autistas el lenguaje no sirve para comunicar, sino para suscitar una satisfacción solitaria; el lenguaje primero es un objeto sonoro cuya manipulación genera una lengua privada que no comunica nada (Maleval, 2018).

Si no hay significación en el balbuceo tampoco habrá significante porque el significante se presta para el equívoco, el chiste y los significados pueden ser múltiples; sin embargo, el signo que usa el autista ligado a una imagen fija o una palabra escrita, no posee esta propiedad de significante, el autista pretende que una palabra tenga una sola significación, una forma unívoca de anclar una palabra con un solo significado o una imagen (Maleval, 2017).

El autista se encuentra sumergido en lo real, donde no hay posibilidad de agujero ni de borde, el niño autista se encuentra sumergido en crisis porque nada puede ser extraído del real donde nada falta. Por otro lado, los niños autistas pretenden interpretar

la lengua solo en base a un reductible sistema de reglas, que pretende eliminar todo equívoco posible y la necesidad que se obedezca un orden absoluto e inmutable (Laurent, 2013).

Los niños autistas que trataba Maleval, no hablaban porque tenían miedo que su cerebro “se vaciara”, la voz porta una marca de la singularidad que el autista no soporta, por eso, el niño autista rechaza todo tipo de interlocución en la que se dirigen a él o él se dirige al Otro. Aquí se evidencia que la marca de goce no se ha extraído de la palabra por lo que la emisión de una palabra es vivida como una auténtica mutilación. Por lo tanto, se establece una disociación fundamental entre el lenguaje y la voz para no vivirla como un goce que sobrepase al sujeto. El uso del lenguaje admite la existencia de un lugar en el Otro pero limpiado de goce (Collazo, 2019).

Lo que sucede en el autismo es que el niño no se puede recuperar del traumatismo de dirigirse al Otro; por lo tanto, siente temor de incorporar la voz como alteridad, el niño carece de la capacidad de incorporar un órgano, a saber, la voz que formaría un borde con el cuerpo, En consecuencia, para los sujetos autistas, hablar implica una mutilación (Collazo, 2019).

Laurent realiza una hipótesis respecto al objeto voz en el que propone que la hipersensibilidad al ruido que tienen los autistas, no son los sonidos sino el ruido de la lengua que no cesa, que no se ha extraído, ya que los oídos nunca se cierran. En este caso donde el ruido aturde al sujeto autista, es necesario establecer el concepto de real en el que el sujeto autista se encuentra inmerso, al no establecerse un agujero que regule el goce que se vive en ese real, el niño no podrá establecer un límite o una barrera que regule el exceso de goce en el que vive (Laurent, 2013).

El objeto voz es el grito, el *objeto a* se extrae el momento en el que el infante realiza la experiencia en la que el grito del niño se vuelve demanda a través de la interpretación que hace la madre y se genera la posibilidad de separarse de la parte faltante. El niño cuando grita, realiza la experiencia de la falta, falta del orden real. El grito es una experiencia de la falta en lo real, es el objeto voz que el niño está cediendo, mientras que cuando el grito es transformado en el llamado por la madre, por el contrario, se convierte en una falta en el registro de lo simbólico. Sin embargo, en el autismo el niño que no grita o en el que su grito no se transforma en llamado, se puede decir que una parte no ha faltado nunca (Olivos, 2019).

2.3. El Goce y lo real en el cuerpo del autismo

En los párrafos anteriores se ha hecho referencia al recorrido que realiza la pulsión para crear al Otro y cómo en su regreso puede constituirse el sujeto del inconsciente; sin embargo, el autismo abre nuevas interrogantes para la teoría psicoanalítica porque el niño con autismo no está dispuesto a ceder los objetos pulsionales; por lo tanto, el autismo se sitúa como una forma de aprender sobre el real y el goce de los sujetos (Maleval, 2011).

Para comenzar se puede definir qué es lo real de acuerdo a cómo se lo utilizará en este escrito, ya que en la obra de Lacan se realizan varios cambios del concepto hasta llegar a ser parte de los tres registros: imaginario, simbólico y real. Según el diccionario de Dylan Evans lo real es lo indiferenciado, sin fisuras y está siempre en su lugar, además es lo que está fuera del lenguaje y resiste a una simbolización. También lo real se encuentra vinculado con lo imposible de imaginar e integrar en el orden simbólico, lo que le da su cualidad de traumático. Y finalmente, lo real alude a lo biológico como opuestos a las funciones simbólicas e imaginarias (Evans, 1997). En el autismo se teoriza desde el orden de lo real porque el sujeto autista no ha realizado una operación lógica que integre el registro de lo imaginario en su cuerpo, ni tampoco se ha realizado una representación que instituya lo simbólico en el psiquismo del niño; por lo tanto, el registro de lo real es idóneo para dar una mejor noción de lo que se trata cuando se trabaja con un niño con autismo.

Por otro lado, también el goce es un concepto importante en la aproximación al autismo; según el diccionario de Dylan Evans (1997) se puede definir el goce como sufrimiento; es decir, está más allá del principio de placer, donde ya no hay más placer sino solo dolor. De esta forma se puede decir que el sujeto solo puede soportar el placer hasta cierto límite y, por tanto, el goce le está prohibido ya que, al entrar en lo simbólico, el goce debe ser invertido para convertirse en deseo. De esta forma, el goce le está prohibido a todo aquel que habla porque es la senda a la muerte, el sujeto tiene un deseo constante de irrumpir hacia *la cosa* a través del principio de placer; sin embargo, el hablante que transgreda el principio de placer se encontrará con el goce.

La importancia de definir estos conceptos radica en el hecho de que para pensar el autismo se puede realizar un acercamiento más genuino desde una clínica de lo real como lo proponen los esposos Lefort, quienes fueron pioneros en el trabajo de niños con

autismo, apoyados en conceptos propuestos por Lacan tomando lo real como concepto base para la formalización de su clínica, es así que el tratamiento de Robert, Marie Françoise y Nadia, pacientes de Rosine Lefort, serían el comienzo de un largo trayecto por una topología de bordes y agujeros que posteriormente seguirían algunos autores como Eric Laurent y Jean-Claude Maleval y Silvia Tendlarz citados en esta disertación.

A partir de los casos atendidos por los esposos Lefort se desarrolla una clínica con base en lo real, comenzando por Laurent quien dirá que existe un significante-completamente-solo anterior al S1, que está desarticulado con el S2, lo que significa que hay un solo significante aislado que no se puede anudar con los demás (Laurent, 2013). Una de las hipótesis que se desea indagar es que este significante desarticulado se produce porque el Otro a pesar de estar ahí, no tiene existencia para un sujeto. Lo simbólico siempre está ahí, sin embargo, si el Otro no existe para el autista, ocurren consecuencias de las cuales los niños con autismo atestiguan (Laurent, 2013).

A lo real no le falta nada, y justamente ahí es donde se encuentra el sujeto al cual solo le falta la falta de objeto, los niños con autismo viven lo real y los efectos del goce del significante sobre el cuerpo; en este sentido, no existe lo especular ni la división del sujeto, porque para que se funde una relación con el Otro, debe existir una falta en el Otro y también en el sujeto, lo que es inexistente en el autismo. En consecuencia, una de las manifestaciones del autismo es la destrucción o autodestrucción que se produce por la satisfacción/goce de la pulsión, nombrada como pulsión de muerte (Laurent, 2013). Esta automutilación se muestra en algunos niños que se lastiman y pareciese que no sienten dolor en su organismo, algunos pueden lastimarse la piel o golpearse contra diferentes estructuras sólidas, acciones que evidencian este goce del que se hablaba anteriormente.

En el autista la palabra se presenta como real, es decir, que confronta al sujeto directamente con el goce mortífero, sin ley y en exceso, por lo tanto, la palabra no pone una distancia entre el sujeto y el goce, por lo que solo sirve para gozar, entonces cuando se tapa los oídos se revela una defensa contra la palabra proveniente del Otro que es intrusivo (APOL, 2019).

Es el significante lo que otorga un cuerpo y lo fragmenta, repartiéndolo en órganos y funciones, extrae vida al ser humano para que lo pueda reconstruir en lo imaginario. El cuerpo no es una superficie, ya que posee agujeros los cuales son el sendero del goce donde se establecen los bordes del cuerpo. El cuerpo del autista no posee agujeros, por

lo que la pulsión no puede hacer ningún recorrido, es por ello que el autista se encuentra en un goce infinito sin ahuecamiento (Tendlarz, 1995)

Para que se constituya un cuerpo deben conjugarse lo real, lo imaginario y lo simbólico; sin la operación simbólica, no es posible la constitución del espacio, del tiempo ni de los bordes (Tendlarz, 1995). Un ejemplo de la no creación de un espacio y tiempo, es cuando se presentan dificultades en el desplazamiento en el cual los objetos se encuentran demasiado lejos o demasiado cerca, no existe una percepción de la distancia por eso algunos niños chocan con los objetos cuando caminan o por el contrario hay un desplazamiento por el lugar a gran velocidad sin tropiezos (Tendlarz, 2013).

La relación de un niño autista con su cuerpo es particular y se evidencia en la insensibilidad al dolor y ausencia de enfermedades, un interés exacerbado por los agujeros y la imitación en secuencias ordenadas de los movimientos de los otros. Se generan dos modalidades en las cuales el Otro queda completamente excluido o cautivado en un orden inamovible, la falta de unidad en tanto fálica provoca trastornos en el espacio y tiempo que obligan a un recorrido fijo de los costados al infinito (Tendlarz, 1995).

La primacía del Uno es el goce del cuerpo propio, es un goce no edípico, goce de cuerpo que escapa a su dominio por rechazar al significante, el *objeto a* es aquel que organiza el tiempo y el espacio, si el *objeto a* no existe en el autismo, tanto la noción de tiempo como de espacio se verá afectada directamente. El *objeto a* atrae, captura y condensa el goce, pero en el autista como no hay *objeto a* condensador de ese goce, entonces el goce está por todos lados (Tendlarz, 2013).

Los niños autistas están sumergidos en lo real, ellos tienen acceso a la dimensión terrible donde nada falta, en el registro de lo real no hay agujero, salvo el que intenta crear el niño en la automutilación, porque hay demasiado goce que invade el cuerpo. Existe un exceso de goce como retorno que invade el cuerpo del autista y lo sumerge en un lugar de pura presencia porque los agujeros están cegados, no solo tapados, sino que están completamente cubiertos, por lo que el goce se queda en la fuente, en la zona erógena produciendo un exceso para el autista (Laurent, 2013).

2.4. Iteración sin cuerpo

El sujeto autista vive en el real donde nada falta y, por ende, experimenta un exceso de excitación, de goce, que no puede soportar; para encontrar una salida frente a ese exceso, hay el empuje a la producción de un agujero. Esta “falta de agujero” como lo llama Miller, Laurent lo llamará “forclusión del agujero”, que son finalmente, modos que se evidencian en el sujeto autista, de hacer con el exceso de goce que experimenta el sujeto por estar inmerso en lo real (Alvarenga, 2019).

Miller leyendo a Lacan propone el concepto de *iteración* en el autismo para explicar que hay solamente un S1 que itera sin poder enlazarse a un S2. Por lo tanto, no hace un lazo con el Otro, se trata del goce de la lengua que es privada, no sirve para la comunicación, sino que es solitaria. Para poder hacer lazo con el Otro y para construir un cuerpo se debe ceder un objeto, el cuerpo solo existe si un objeto puede separarse de él; sin embargo, en el autismo, los objetos mirada y voz no se han cedido, por lo tanto, tampoco se puede formar un cuerpo ni hacer un lazo con el otro. En el autismo no hay cuerpo ni imaginario, solo hay una iteración del S1 sin cuerpo (Alvarenga, 2019).

Para Eric Laurent, hablar está en el orden de una extracción o mutilación en el real del cuerpo. Para el sujeto autista, el encuentro con la palabra tiene el efecto de un golpe, que deja al niño al servicio del Uno de goce que es imposible apagar. El acontecimiento de cuerpo es una palabra pronunciada a la cual el niño queda sometido con un horror particular, entonces, el cuerpo del autista goza de sí mismo. Los sujetos autistas hacen un intento por estabilizar la relación con el acontecimiento de cuerpo porque su cuerpo es invadido por un goce inconmensurable que intentan extraer (Abreu, 2019).

Como el Uno de goce no se puede borrar en el sujeto autista, entonces lo marca como un cuerpo que goza de sí mismo; a este acontecimiento de cuerpo, Laurent lo denomina “iteración sin cuerpo”; cuando el bebé balbucea, es decir cuando se presenta el laleo, es cuando el bebé se encuentra en la lengua, momento donde se marcan todos los equívocos posibles; es ahí donde el sujeto autista intenta reducir todos los equívocos al Uno de la letra que se repite (Laurent, 2013). El autista pretende reducir todo al Uno del traumatismo de la lengua, es una huella congelada que itera, que no cesa, se escribe una y otra vez sin cesar, esta iteración tiende al infinito, pero siempre la primera, siempre la misma. Estos circuitos mínimos que crea el autista, no varían, y se repiten eternamente (Piaggi, 2013).

La pérdida de goce se produce por el ingreso del sujeto en la estructura del lenguaje, “La acción del Otro sobre el goce por la inclusión del sujeto en el lenguaje produce una pérdida de goce bajo la modalidad del funcionamiento de una entropía” (Tendlarz, 2016, pág. 36). Pero en el caso del autismo, hay un S1 solo en el lugar del agente y un S2 en el lugar del otro, pero ambos no se relacionan, por lo tanto, si no se produce este enlace, el sujeto no haría su ingreso en la estructura del lenguaje (Tendlarz, 2016).

Lacan define que el inconsciente está estructurado como un lenguaje porque la diferencia de la letra como soporte material y la lengua como el modo en el que una comunidad y cada uno, utiliza el lenguaje; todo ello para plantear que el lenguaje coloca una estructura sobre la lengua (Tendlarz, 2016).

La lengua produce un traumatismo del agujero como acontecimiento de cuerpo, cuerpo no solo como imagen especular sino como un cuerpo tomado por el goce de la lengua, *trou* significa a la vez agujero y traumatismo, desde aquí parte el planteamiento de Lacan como *parletre* o cuerpo hablante. Ya que en la lengua no interviene la gramática sino la palabra fonética (Tendlarz, 2016).

El baño del lenguaje actúa sobre el viviente produciendo los S1 como acontecimiento de cuerpo, depositando los equívocos, y el sujeto goza por fuera de la intención de significación. La palabra se une al goce y el cuerpo es goce de la lengua sin imagen (Tendlarz, 2016, pág. 38).

El encuentro entre el cuerpo y la lengua es contingente, no lleva una ley, es después cuando el lenguaje en su función de organizador, produce un sentido y una pérdida de goce. El niño puede incluirse en cualquier idioma a sabiendas que las leyes gramaticales de la lengua en la que se introduzca dejan su marca en el cuerpo. El cuerpo queda en relación con la lengua, un-cuerpo propio es la única consistencia del hablante-ser, pero el cuerpo es una propiedad, se tiene o no se tiene; en el caso del autismo no se tiene un cuerpo (Tendlarz, 2016).

La lengua es un medio de goce donde se presentan todos los posibles equívocos, sin embargo, el lenguaje ordena la estructura. En el autismo, por el contrario, el Uno de goce no se elimina, se puede evidenciar que el balbuceo se reduce a la repetición de la letra, ya sea en silencio o vocalizada. Para el autista solo hay ruido de la lengua sin una estructura que la ordene. Con la iteración se encuentran los modos fijos e inamovibles que inventan los autistas para poder hacer con el ruido de la lengua que los perturba;

tres ejemplos de ello son la exigencia de lo mismo, estereotipias tanto vocales como motoras, y la elaboración de trayectos y circuitos fijos. Todos ellos dan cuenta de la iteración del Uno, un ejemplo de esto es el caso atendido por Silvia Tendlarz, Alex, que se tapa los oídos mientras ve al techo y se balancea. La iteración permite un alivio al autista de la presencia del Otro, y le permite la creación de un mundo ordenado y seguro mediante la fijeza del circuito que se inventa (Tendlarz, 2013).

Otros ejemplos concretos para comprender el concepto de iteración son las narraciones estereotipadas de un solo tema, de películas, de canciones o en otros idiomas, escritura sin espacios o dibujos siempre iguales. Además pueden presentarse obsesión por objetos que giran como en el caso de Temple Grandin que miraba fijamente una tapa o moneda en movimiento y podía pasarse horas realizando esa actividad (Tendlarz, 2013).

Según Laurent:

En el autismo (...) se trata más bien de la repetición de un mismo significante, de un significante Uno, de un S1, radicalmente separado de todo otro significante, que por lo tanto no remite a ningún S2, pero que produce, no obstante, un efecto de goce que es manifiesto por el mismo hecho de su repetición (Laurent, 2013, pág. 106).

Por lo tanto, no se forma un significante que remite a otro significante, sino que este primer significante no remite a nada y se produce más bien una repetición, o para ser más precisos una iteración que está fuera del sentido, pero tiene la función de organizar algo, por lo tanto, el Uno de goce no se borra para el sujeto con autismo. “Al no haber menor borramiento que pueda mermar esa marca de acontecimiento de cuerpo, toda palabra es capaz de provocar terror” (Laurent, 2013, pág. 107). El significante impacta el cuerpo sin mediación y tiene una repercusión masiva e inmediata. “El acontecimiento de cuerpo acompaña a la intrusión del sujeto en el campo del lenguaje” (Laurent, 2013, pág. 107).

Una vez que es nombrado, el cuerpo ya no puede olvidar su inclusión en el baño del lenguaje, es imposible para el autista borrar el Uno que marca el cuerpo que goza de sí mismo como un acontecimiento traumático que alude a la inscripción del lenguaje en el cuerpo. Esto se aproxima al laleo de los bebés, lo que Lacan llamó: lalangue. El autista

pretende reducir todo a la repetición del Uno de la letra, porque no puede tratar los equívocos de la lengua (Laurent, 2013).

A los tres registros imaginario, real y simbólico, se le añade el goce que sería un cuarto término, todos anudados entre sí. La concepción de lo real es un real sin ley, donde se inscribe un significante que se repite de forma contingente y de acuerdo al funcionamiento de iteración, el S1 que es el Uno, solo, sin sentido, itera sin articularse al S2. Entonces, para pensar en la constitución subjetiva, el autismo puede ser explicado desde el psicoanálisis como una “Iteración sin cuerpo” (Tendlarz, 2016).

El acontecimiento de cuerpo en el autismo es la Iteración del Uno, es decir, de la iteración sin cuerpo de la letra, sin constituirse el Otro, el circuito pulsional no circula; por ende, no hay objeto, ni imagen especular (Tendlarz, 2013).

2.4.1. El agujero y el borde

Los orificios corporales sitúan el agujero pulsional entre lo imaginario y real y funcionan como bordes de las zonas erógenas donde se ubican los objetos pulsionales articulando una pérdida; es decir, el objeto anal, en el ano; el objeto oral, ubicado en la boca. Sin embargo, Lacan privilegia al objeto voz y al objeto mirada ya que son sustancias que carecen de materialidad; el objeto voz, en el oído, el cual tiene la particularidad de no cerrarse nunca; y el objeto mirada que no se ubica en un orificio, sino en una continuidad espacial (Tendlarz, 2016).

El niño encarna el *objeto a* para el Otro, existe una falla en la simbolización, que produce que el Otro sea Real, sin imagen. Los objetos son puramente reales, no hay diferencia entre lo bidimensional y lo tridimensional, como si fuera la trayectoria de una banda de moebius donde no hay agujeros, esto evidencia una falta de inmersión subjetiva en lo tridimensional como falta de la intervención fálica, organizador simbólico que ordena las percepciones y el espacio. La construcción del espacio se juega en lo lingüístico; cuando no existe el vacío entre los cuerpos, existe un excesivo pegamiento o demasiado alejamiento (Tendlarz, 1996).

Llamamos “objeto”, por lo tanto, a este acomodamiento de los restos, los que deja el encuentro con el Otro de la lengua, que viene a perturbar el cuerpo, sea cual sea el substrato biológico del funcionamiento o del disfuncionamiento de dicho cuerpo. El objeto es esta cadena heterogénea, hecha de cosas discontinuas

(letras, pedazos de cuerpo, objetos tomados del mundo...), organizada como un circuito, provista de una topología de borde y articulada con el cuerpo (Laurent, 2013, pág. 91).

Aquí se trata de una topología que anula la distancia, el sujeto tiene sus objetos junto a él así estén lejos, en el autismo encontramos la alucinación como “la imposible separación respecto del ruido de la lengua como real insoportable” (Laurent, 2013, pág. 93) “Un agujero en el Otro simbólico tiene un borde, lo cual no sucede tratándose de un agujero en lo real. El régimen autístico del agujero implica su ausencia real de borde” (Laurent, 2013, pág. 101) El agujero sin borde se cierra sobre lo vivo del ser como la pura presencia de la muerte, “La inexistencia del borde del agujero no es sino el redoblamiento de la inexistencia del propio cuerpo, ya que un cuerpo solo existe si un objeto puede separarse de él” (Laurent, 2013, pág. 102). Hay una imposibilidad del Otro de otorgar un cuerpo al sujeto autista.

“El repliegue del agujero sobre el cuerpo es un fenómeno clínico que evidencia la ausencia radical de toda separación, de toda elaboración de la pérdida de objeto que se apoye en el Otro” (Laurent, 2013, pág. 103) Es un retorno del espacio agujereado al cuerpo sin borde, los objetos autistas sirven para hacer una construcción de aquello que se repliega sobre el cuerpo como límite, borde y presencia de la muerte, la máquina de Temple alude a ser estrechada por la máquina que le da una forma (Laurent, 2013).

Según Maleval (2017) los niños autistas se preocupan por tapar los agujeros que encuentran a su paso, porque despiertan angustias de pérdida intolerables para ellos; por ello, los rellenan con plastilina tanto los agujeros externos como los de su propio cuerpo, porque creen que de los agujeros saldrán criaturas amenazantes.

Eric Laurent propone que el autista creará su propio borde sin la creación del *objeto a*, el borde del autista tiene la función de protegerlo del agujero, es decir, circunscribir el agujero real menos inquietante con el que pueda sustraer el goce del sujeto, Laurent lo denomina un *en-forma*, de un objeto perdido no del *objeto a*, así el niño con autismo puede tomar distancia del goce, el autista tiene el objeto perdido en su mano, alojado en un *en-forma* (Laurent, 2013).

Eric Laurent además propone entender el autismo a través de dos términos creados por él, el primero es el *retorno de goce en el borde* y el segundo es la *forclusión del agujero*, ambos conceptos se entretajan en la clínica del autismo, teniendo en cuenta lo

real como el registro más cercano para el abordaje del mismo. Entonces, según este autor al autista le falta el cuerpo. Sin embargo, esta falta ya constituiría una relación particular del autista con su cuerpo, porque se evidencia una relación con sus propios orificios y el espacio en el que habita, es por esto que al sujeto autista se lo puede llamar como un ser sin agujeros, que por causa de la forclusión del agujero, hay un encapsulamiento o retorno de goce sobre el borde (Tendlarz, 2013).

Se pueden ejemplificar tres manifestaciones del cuerpo en los niños autistas, la primera se caracteriza por una actividad que se repite varias veces de forma estereotipada; la segunda, donde se presenta agitación y violencia contra sí mismo o hacia alguien más y finalmente, otra manifestación donde se produce la extracción o reincorporación de sustancias del cuerpo como las heces, la saliva o el vómito; todas ellas manifestaciones o expresiones del goce. No se puede atribuir un cuerpo al niño autista porque no hay una extracción del *objeto a*, por lo que no se puede estructurar la consistencia corporal. En consecuencia, los niños autistas se encuentran en un estado pre-especular donde no se establece la unificación, la imagen de su cuerpo y la conciencia de sí mismo como un cuerpo; por consiguiente, se encuentran en un silencio inefable e infinito como el cosmos del universo (Tendlarz, 1995).

Forclusión del agujero es el concepto que propone Eric Laurent para explicar el autismo, en él se hace referencia a un mundo invivible, el goce que es imposible de soportar empuja al sujeto a producir un agujero en lo real mediante la automutilación en el cuerpo del autista, intentando cortar en lo real una parte del cuerpo. Este trauma del agujero, no puede dar paso a la falta. Esto se lo puede ejemplificar en el caso Nadia que atiende Rosine Lefort en el cual Nadia intenta abrir un agujero en el cuerpo de Rosine, la autora lo describe: “como si necesitara abrir el otro extremo del agujero de mi cuerpo para asegurarse de que existía” (Lefort, 1995, p. 270).

Por otro lado, en el autismo de caparazón como lo llama Frances Tustin, se puede distinguir un sujeto carente de envoltura corporal, que no reacciona ante la imagen de su cuerpo; entonces, se instala una neo barrera corporal donde el sujeto se encuentra encerrado, esto funciona para el sujeto como protección y defensa frente a las manifestaciones del Otro. El retorno del goce en el autismo se efectúa en el borde donde los agujeros están cegados, es decir se efectúa la desaparición del agujero porque está relleno (Laurent, 2013, pág. 80).

Un borde es una zona fronteriza, donde pueden producirse intercambios y contactos, en cambio el cuerpo caparazón del sujeto autista es un neo-borde que constituye un límite casi corporal, casi infranqueable que funciona como frontera; este neo-borde ayuda al niño a darle consistencia y que su cuerpo no se encuentre fragmentado. Para que el sujeto logre sobrevivir, debe alcanzar a ceder algo de goce sin que esto implique un exceso insoportable, por lo tanto, algunos sujetos autistas incorporan objetos determinados como juguetes, cajas, máquinas que llevan casi siempre consigo, y cumplen una función particular inventada por cada sujeto autista, que tiene la lógica de darle forma y consistencia a su cuerpo, creando un neo-borde que le ponga límites (Laurent, 2013). Un ejemplo puntual del neo-borde creado por los autistas es el caso Joey de Bruno Bettelheim a quien lo llaman el niño máquina ya que inventa todo un sistema para contener su cuerpo dentro de unas cajas e incluso esto funciona como una forma de intercambio con los otros, ya que las personas que se encuentran a su alrededor respetan el espacio que utiliza para realizar dicho experimento (Bettelheim, 2001).

Cuando los niños son abandonados a sí mismos, sin límites para su cuerpo que acoja su sufrimiento, cuando se han entregado a un otro feroz, el sujeto autista trata de extraer los objetos pulsionales a toda costa. Por ejemplo, trata de extraer las heces de su cuerpo con sus propias manos, este caso evidencia un objeto de goce sin forma que se impone al cuerpo; este objeto está incluido en el cuerpo de modo tal que hay que extraerlo cueste lo que cueste, aunque sea a costa de una práctica dolorosa (Laurent, 2013).

En este caso, los niños autistas manosean sus propias heces, o se embadurnaba su cuerpo con ellas, es el objeto anal, sin una delimitación de un adentro o un afuera; además también hay niños que babea, o vomitan y estos objetos de la pulsión oral, son expulsados del cuerpo sin ningún control, partes de saliva o vómito puede estar impregnadas en todo el cuerpo sin que al sujeto le importe, porque no tiene la percepción de su cuerpo (Tendlarz, 2013).

Estos dos casos de objeto que se mencionan anteriormente, el primero “la máquina de abrazar” construida por Temple, suple los límites del cuerpo, encerrándolo y protegiéndolo de la angustia, en este caso el objeto sirve como horma para sostener el vacío desde el interior e impedir que se deforme. En el segundo caso, al extraer las heces con las manos, se intenta abolir el goce del cuerpo, “el objeto como huella de lo vivo debe ser abolido” (Laurent, 2013, pág. 90). De todos modos, este resto que

constituye el objeto autístico, puede dar paso a la ampliación del mundo cuando se logra hacer de estos objetos, un intercambio.

Las prácticas y acciones que realizan los sujetos autistas con su cuerpo les sirve para tratar el acontecimiento de cuerpo, donde se evidencia el goce excesivo que los invade con una tentativa de extraer algo (Laurent, 2013). Existen dos soluciones que se han evidenciado en los sujetos autistas: la emisión y el repliegue. En el repliegue está la formación de un neo-borde que delimita el cuerpo de ciertos autistas del ruido fundamental de la lengua, es por esto que la hipersensibilidad de los autistas al ruido, sería una manifestación de un demasiado ruido de la lengua del cual se protegen por medio de la invención de neo-borde (Laurent, 2013).

Finalmente, un último ejemplo de estas automutilaciones son cuando el autista emite una frase espontánea, en especial autistas que han estado en mutismo por años y que dicen una sola frase espontánea una sola vez, esto también se puede comprender como una automutilación porque en esta frase se desprende un pedazo de goce y es una situación de cuerpo tomada en el conjunto real, simbólico, imaginario, para el autista es como si perdiera un pedazo de sí mismo (Laurent, 2013). Estas frases que pueden emitir los sujetos autistas, están muchas veces fuera de sentido. Frases sorprendentes porque las dijeron una sola vez en la vida o frases repetidas que son pura iteración del Uno-solo-del-todo, reiterado en literalidad absoluta para acallar los equívocos de la lengua, son frases que el sujeto autista proyecta fuera de su cuerpo. Un Grito realizado que se toman como una clase de automutilación que hace presente al cuerpo que olvidamos que existe al decir (Laurent, 2013).

Un ejemplo de ello es Matin, atendido por Sami Ali, quien pronunció solamente por una vez en su vida “Mamá, mamá”, salió del mutismo solo por esa ocasión sin volverlo a hacer, estas frases espontáneas surgen en un momento de mucha angustia, pero los niños vuelven nuevamente al silencio. En el caso de Temple Grandin también se evidencia una frase espontánea que la saca por un momento de su mutismo en la infancia, diciendo “hielo” cuando se produjo un choque y le cayeron vidrios, así se muestra la emergencia de una frase espontánea (Tendlarz, 2013).

En conclusión, como respuesta a la forclusión del agujero, que es un acontecimiento donde emerge el goce difícil de soportar para el sujeto autista, dentro de su singularidad para hacer algo con este goce en exceso que lo invade, inventa diferentes modos de estar en el mundo; uno de estos modos es la creación de un neo-borde casi corporal, que sirve

como barrera ante la intrusión del Otro, sin embargo también funciona como lugar de intercambio entre el adentro y el afuera, que es complejo de crear si no hay un cuerpo en el sujeto autista. Por otro lado, además del encapsulamiento, también existen otras formas inventadas por los autistas, que son menos elaboradas, como la creación de un agujero a través de la extracción de los objetos pulsionales como las heces, la automutilación, y finalmente las frases espontáneas que solo se escuchan una vez en la vida. Estos tres ejemplos evidencian tres modos diferentes de extraer el goce en exceso que se encuentra en el cuerpo del autista.

3. RELACIÓN ENTRE EL DESEO DE LA MADRE Y CUERPO EN EL AUTISMO

3.1. El cuerpo y el deseo de la madre

Desde el ámbito biológico, cuando un espermatozoide ha fecundado un óvulo se producen dos cambios. Por un lado, comienzan a crecer y formarse células que posteriormente se dividirán y formarán a un individuo; por otro lado, comienzan a producirse cambios en el cuerpo de la madre quien lleva en su vientre al nuevo individuo. Desde el ámbito psicológico, los padres comienzan a proyectar sus fantasías acerca de cómo imaginan a este hijo tanto físicamente como psíquicamente. Por lo tanto, se pondrá en juego la herencia biológica de los padres, pero también la ilusión de los mismos al pensar las características que su hijo heredará de cada uno.

Además, los padres tendrán que asumir la maternidad y la paternidad como lugares simbólicos que se re-significarán de acuerdo con su propia historia ya que se despertarán los recuerdos de su infancia. Por otro lado, se considera el lugar que va a ocupar el recién nacido en la historia familiar porque este lugar existe antes de su concepción. En este sentido, el lugar simbólico que es concedido a este nuevo bebé será de vital importancia para que los padres puedan transformar a la cría humana en un sujeto del inconsciente (Strykman, 1993).

Es fundamental considerar los avatares por los que atraviesan los padres el momento de la concepción de un hijo; por ejemplo, el deseo de ambos progenitores de tener un hijo podrá dar pautas para conocer el lugar que le espera a la cría. Muchas veces la muerte de algún familiar y la elaboración de un duelo por una pérdida significativa, pueden causar el retiro de la libido del bebé; es decir, el dejar de investir libidinalmente el cuerpo del bebé (Annoni, 2011).

Este tipo de eventos devastadores para la persona que ha tomado la función de Otro primordial puede producir efectos que dejarán marcas en el cuerpo del infante. Porque es el Otro quien deberá proporcionar los elementos necesarios para libidinizar las zonas erógenas del cuerpo del bebé, para que posteriormente el bebé pueda construir su yo y por consiguiente unificar su cuerpo tomándolo como un todo. Si esto no ocurre, cada pulsión tramitará la tensión de manera separada una de otra, y no se podrán unificar en la percepción de un todo.

Según Lyda González (2014) psicóloga y psicoanalista que trabaja con niños diagnosticados con autismo, la estructuración psíquica depende de la respuesta singular que cada sujeto haya tenido en el encuentro con el Otro. En el caso del autismo se presenta la imposibilidad de construir un Otro simbólico, por lo tanto, el sujeto responderá simplemente a la presencia de un Otro real que desborda al sujeto quien no tiene los recursos necesarios para tramitar el exceso de excitación y el empuje pulsional. El autista tramita este estado de invasión, por medio de comportamientos repetitivos que actúan como barrera para el goce que lo desborda.

En la observación sobre el fenómeno del autismo, resalta la insistencia de un exceso de excitación no tramitado, que no logra someterse a las leyes del principio de placer. Por el contrario, se observa una constante emergencia de cierta tendencia más allá de este principio, que repite un empuje a la destrucción (González, 2014, pág. 57).

Se propone que el Otro real en el autismo invade al sujeto ya que no se extrae el *objeto a* que da consistencia al recorrido de la pulsión. Se sabe que solo a partir de la intervención del Otro, la pulsión toma consistencia, y el ser viviente deviene un sujeto. Sin embargo, la ausencia del Otro simbólico deja al autista fuera de la ley del lenguaje y éste se queda inmerso en el registro de lo Real. Por lo tanto, la mirada y la voz que provienen del Otro, representan una amenaza y son rechazadas por el sujeto autista ya que no tienen estatuto de objetos de la demanda pulsional, sino que son objetos intrusivos de los que no se puede defender (González, 2014).

Como no hay agujero en el Otro real, se crea una inercia real de goce. El autista crea una forma particular de estar en el mundo y enfrentar el retorno de lo real de las pulsiones que lo abrumba. Por consiguiente, el autista no demanda ni sabe de la existencia de un *objeto a*; y esto causa que tampoco se dé cuenta de la existencia del Otro (González, 2014). En el caso de Nadia que atiende Rosine Lefort se puede ejemplificar de manera clara la inexistencia del Otro, la autora menciona “En la escena que sigue, yo soy nada más que un objeto que se interpone entre ella y los demás objetos” (Lefort, 1995, p. 277). Rosine explica que Nadia no la reconoce como un sujeto sino como un objeto real que no ha adquirido la dimensión de representación (Lefort, 1995).

El bebé se encuentra en un estado de desvalimiento absoluto, por lo que su primera vivencia de satisfacción ante el empuje pulsional precisará del auxilio ajeno; es decir, de

Otro que le procure un objeto como medio de satisfacción. Si el Otro no le procura dicho objeto, la cantidad de excitación puede ser tal que asalte al sujeto sin que éste tenga los recursos necesarios para defenderse. (Bocanegra, 2017).

Es importante mencionar esta primera vivencia de satisfacción porque a partir de ese momento se crea una huella o imagen mnémica en el aparato psíquico que, en adelante, ante la emergencia pulsional funcionará como una imagen psíquica que le ayudará al sujeto a tramitar la tensión pulsional, y será determinante en sus relaciones con los objetos del mundo (Freud, 1950).

El *objeto a* se inaugura a partir de una separación fundamental que simboliza la relación del sujeto con su propio cuerpo; y en ese momento se determina la transformación del ser viviente al sujeto de la demanda, porque ya ha perdido algo de su propio cuerpo y de ahora en adelante lo demandará al Otro (González, 2014). Para el lactante, el seno de la madre es parte de él mismo, no hay diferenciación entre lo que está fuera del cuerpo y lo que es parte de su propio cuerpo; por lo tanto, la pérdida del objeto se la vive como una mutilación y la constitución de la angustia implica desprenderse de una parte del organismo (Anzieu, 2003).

La madre no proveerá de manera inmediata la demanda del bebé. Este ir y venir de la madre hará un corte en la continuidad del cuerpo del lactante y de ella misma, al donar su seno para la alimentación del bebé, se satisface una necesidad. Sin embargo, en un momento fundamental esta ruptura en la cual el bebé cede el pecho, que es parte de su propio organismo, se produce una caída de lo real, un agujero en el Otro para que en un segundo momento pueda operar lo imaginario de la satisfacción, fantaseando el seno en ausencia de la madre. Por lo tanto, en el primer momento de corte, el lactante cede una parte de sí mismo, y se pone a operar la demanda a la madre que es desde el llamado y es ahí cuando se funda un sujeto (González, 2014).

Entonces, ¿Cómo se constituye el cuerpo?, ¿Podría un infante constituir su propio cuerpo sin la intervención del Otro primordial?, estas preguntas se pueden responder al establecer que cuando la cría humana nace, no tiene un cuerpo, sino un organismo que cumple funciones biológicas básicas, por lo tanto, la constitución del cuerpo siempre será a partir de la intervención del Otro primordial. Según lo escrito en los anteriores capítulos, primero la madre, como agente materno, es quien sostiene a su cría entre sus manos y lo acerca a su propio cuerpo, específicamente a su pecho para alimentarlo, así

le da consistencia y seguridad a su hijo, además, sostiene la vida de su hijo con sus manos, y no lo deja caer en el vacío.

En segundo lugar, el agente materno, a través del don del amor, atraviesa el cuerpo de su hijo con sus significantes, características imaginadas que le dirán a su hijo palabras que dejarán marcas en el organismo del infante para convertirlo en cuerpo. Por ejemplo, el nombre propio marca la singularidad de cada sujeto, designar un nombre es darle un lugar al sujeto, y darle el apellido es ubicarlo dentro de un linaje familiar. Por otro lado, las características físicas y psíquicas que se evidencien en el presente o se imaginen para el futuro de su hijo, serán indispensables para anticiparse al devenir del sujeto (Strykman, 1993).

En tercer lugar, las palabras que el agente materno dona al sujeto son importantes, así como el espacio de escucha que le brinde. Las preguntas que la madre le hace a su hijo son indicadores de un lugar simbólico que se ha abierto para el infante, y la escucha de las respuestas son las primeras acciones que la madre toma para darle presencia a su hijo, es decir, suponer que en el balbuceo existe una respuesta. En este sentido, la madre puede reconocer sonidos que se van diferenciando y que principalmente van dirigidos al Otro.

3.2. El deseo de la madre en el autismo ¿Un deseo ausente?

Se iniciará esta reflexión ubicando el término “ausencia” en la teoría psicoanalítica; la ausencia en psicoanálisis según Freud, puede explicarse con el juego del Carretel (Fort-da) de su nieto, en la diada presencia-ausencia de la madre con la cual puede comenzar una simbolización de la ausencia de su madre. La ausencia es falta y es fundamental para la constitución de un sujeto; sin embargo, cuando está ausente el deseo significa que no está operando la falta. Por otro lado, el sujeto está desprovisto de recursos simbólicos para fundarse a sí mismo, ya que siempre necesita de Otro que lo desee y le dé un lugar; sin este deseo, no es posible la constitución del sujeto como ser hablante (Yankelevich, 2008).

Partiendo de la premisa de que el sujeto siempre tiene que ser deseado por un Otro que le otorgue un lugar. El Otro primordial debe suscitar el paso del bebé por un trayecto que comprenda momentos lógicos necesarios como pasar de la lógica del ser el falo de la madre a la lógica del tener el falo. Por otro lado, en cuanto a la madre, se debe

constituir el deseo de hijo en detrimento del deseo de “ser” madre. Por lo tanto, el deseo de tener un hijo ya no se encuentra en la lógica del ser sino del tener, y esto implica ya una falta y, por ende, que la madre esté sujeta al lenguaje y a la lógica significativa. La forma en la que los padres atravesaron el complejo de Edipo en su infancia se verá actualizada en la llegada del nuevo ser humano que nace. En este sentido, el deseo de hijo formará parte de la unión de dos faltas, de dos historias y de dos linajes (Carril, 2019).

Según Yankelevich (2008) quien ha analizado a varias madres de hijos autistas, dice que la madre puede estar en posición de Gran Otro sin embargo esto no es estable, es contingente a varias circunstancias, es decir, la madre puede tener la ley del Nombre del Padre y no poder transmitírsela a su hijo, en uno de los casos que se ejemplifica que en los primeros años de vida de un niño todo parece seguir su curso y simplemente un día el niño deja de hablar.

El deseo es dinámico, una madre biológica puede tener el deseo de ser madre, de tener un hijo o de estar embarazada. También puede desear tener un niño que sea niño toda su vida, es decir que se quede petrificada en una certeza y no pueda moverse de ese lugar. Finalmente, se puede construir el deseo de tener un hijo a sabiendas que nunca corresponderá con el hijo imaginado, que crecerá, que sus pulsiones nunca serán educadas, y finalmente tendrá su propio deseo. Sin embargo, aquel sujeto en potencia deberá pasar por varias etapas que no están garantizadas a priori (Strykman, 1993).

Por otro lado, el deseo puede ser dinámico y puede surgir en diferentes momentos del crecimiento biológico de un infante, no sin tener consecuencias en la constitución del sujeto. No es lo mismo el deseo de estar en el periodo de gestación, que dar a luz a un hijo. En el deseo de la madre, de aquella que adopta a esa criatura humana como suya, constituye gran parte de la condición necesaria aunque no suficiente de devenir sujeto de deseo (Strykman, 1993).

Sin embargo, si hay Otro que pueda ser el agente del deseo de la madre, la criatura humana podría atravesar los diferentes tiempos lógicos hasta convertirse en sujeto de deseo, es por ello que el deseo no es sin rostro, sin personaje, sin una persona que asuma ese lugar, y de acuerdo a su subjetividad se irá dejando huellas en el organismo de la criatura, hasta que pase el significante por su organismo y éste devenga en cuerpo. En ocasiones este Otro, es decir la madre, puede dar a luz a la criatura humana, pero no puede ejercer su función una vez que la criatura está fuera del vientre (Strykman, 1993).

El deseo es inconsciente, la madre puede estar realizando su labor de madre en cuanto al cuidado del bebé como: la alimentación y la limpieza; sin embargo, puede que su deseo se encuentre por otro lado, no está mirando al bebé, no le está proporcionando el amor y su propio cuerpo para amamantarlo, asearlo o acariciarlo, es decir, libidinizarlo; y en consecuencia existirá una respuesta por parte de aquel organismo biológico que en principio solo percibe placer-displacer, tensión y calma y que finalmente puede rechazar a este Otro (Recalcati, 2018).

Estos procesos son inconscientes, por lo que la madre solo se da cuenta que algo no anda bien cuando el bebé no la ve, no fija sus ojos en su mirada o no pone atención a los mimos que brinda, esto es desestructurante para la madre y puede ser causado por razones diversas, tal vez la madre está atravesando un duelo o el bebé no cumple con su ideal, son hipótesis para explicar la ausencia de deseo de la madre, que desarma al hijo y lo deja fuera del plano imaginario y simbólico, mientras que el bebé vive solo como puro real (Levin, 2013).

Gloria Annoni (2011), Doctora en psicología que ha trabajado como directora del Centro de Día “Dr. Lanfreco Ciampi”, escribe acerca del autismo y tras varios años de atención clínica, enumera algunas de las situaciones que pueden afectar la constitución del sujeto en el autismo. Algunas de estas situaciones son: Enfermedades graves de la madre o del bebé en los primeros años de vida que requieren internaciones en hospitales, duelos que atraviesa la madre, situaciones ocultas con respecto a su relación con el padre del niño, situaciones inconscientes respecto a la negación del falo simbólico.

En este sentido, se podría encontrar momentos relevantes en la historia vital de la familia que hayan producido una desviación o ausencia de ese deseo de la madre, es decir, una situación que haya sobrepasado la capacidad de la madre de estar presente y libidinizar el cuerpo de su hijo o darle un lugar como sujeto. Por lo tanto, se describirán dos ejemplos que tienen relevancia para explicar este tipo de situaciones devastadoras para la subjetivación del infante.

El primer caso se trata de un niño de nueve años llamado Daniel, quien no posee lenguaje y tiene un diagnóstico presuntivo de autismo. Según el relato de la madre, al primer mes de estar embarazada, fallece su padre; por lo que el dolor de esta pérdida no permite que el deseo esté puesto en el niño sino más bien toda su energía se concentre en el padre que está ausente, por consiguiente la madre no pudo responder a los pedidos

del niño cuando era más pequeño y tampoco pudo inscribir los significantes primordiales para que el niño pueda devenir como sujeto del lenguaje (Annoni, 2011).

El siguiente caso se trata de Felipe, quien nace en el momento que existe un conflicto familiar en el cual su hermana se va de la casa y la madre no puede hacer nada para impedirlo, por lo tanto la madre se siente impotente para cambiar esta situación y se retrae de la realidad, dificultando la subjetivación de Felipe (Annoni, 2011).

En ambos casos el deseo de la Madre se encuentra por otro lado, en el caso de Daniel, la madre no puede responder a sus pedidos porque la muerte de su padre la ha sumido en una profunda tristeza. En cambio, en el caso de Felipe el deseo de la madre se encuentra obstaculizado por la impotencia que provocó la salida de su otra hija de la casa tras un conflicto familiar. Estas situaciones son distintas, pero muestran la dificultad de la madre para libidinizar el cuerpo del niño cuando su deseo se concentra en situaciones externas difíciles de manejar.

No se trata de culpabilizar a los padres, el deseo no es consciente, si la imposibilidad de donar un lugar simbólico al bebé se hace presente en los padres, es decir, cuando no hay deseo, pueden existir los cuidados necesarios, pero no hay un lugar para esa criatura. En la psique de aquel que va a ocupar el lugar del Otro que está libidinizando a la cría humana, no hay un espacio para el bebé, y eso tiene consecuencias que pueden dejar al bebé fuera del campo simbólico e incluso imaginario, porque no se anuda a ninguna cadena que le haga un lugar o pertenecer a la lógica del significante.

3.2.1. El lugar que ocupa el hijo autista en el deseo de la madre

El lenguaje precede el nacimiento de la cría humana, la red de significantes y significados ha sido tejida para su nacimiento; sin embargo, en primera instancia, la cría humana solo es un organismo biológico inmerso en lo real; por lo tanto, su lugar no está garantizado a priori, sino que será el que haya sido construido en las subjetividades de la madre y el padre.

La cría humana debe ser imaginariamente el falo de su madre, es decir, que la madre haga de esa cría humana, todo lo que imaginó en su embarazo y cubra de amor a ese bebé que ahora tiene en brazos; por lo tanto, el niño como real ocupa para la madre un lugar simbólico, de una necesidad imaginaria, solo entonces la madre podrá hacer de

esa cría humana el hijo-falo que imaginariamente le hace falta y colocará a esta cría en el lugar simbólico que pasa por el imaginario de la madre y de los padres (Strykman, 1993).

Se debe preguntar, además, ¿Cómo este hombre deseó a esa mujer en particular? Al responder esta pregunta se evidencia que será él quien, al hacerla no toda madre, cortará el goce entre ella y el hijo. El padre dona su castración, al hacer de una mujer causa de su deseo porque el deseo surge de una pérdida de goce al desear a una mujer de forma particular. Es así que el hombre al darle un hijo a la mujer, realizará el don de amor al cumplir la promesa de la infancia de la niña, proporcionándole un falo, un hijo-falo que deseó cuando era niña (Strykman, 1993).

(...) Ese falo cuya recepción y cuyo don son para el neurótico igualmente imposibles, ya sea que sepa que el otro no lo tiene o bien que lo tiene, porque en los dos casos su deseo está en otra parte: es de serlo, y es preciso que el hombre masculino o femenino acepte tenerlo y no tenerlo, a partir del descubrimiento de que no lo es (Lacan, 2009).

Cuando la madre puede hacer de ese bebé su hijo, es decir, darle un lugar en su deseo, desear que su hijo tenga un deseo propio, suponer que en ese bebé va a nacer un sujeto, el hijo podrá construir ese lugar simbólico como sujeto de deseo. Sin embargo, el niño debe atravesar estos dos momentos simbólicos, uno en el cual sea el falo de la madre, es decir, esté en su deseo; y un segundo tiempo donde pueda separarse de la madre y asumir su propio deseo. Si no lo hace, el niño no podrá constituirse como sujeto de deseo. Solo cuando se completa este segundo tiempo, el sujeto tendrá un lugar fundado por el Otro y podrá hacerse un lugar en la vida, sin embargo, esta trayectoria no está garantizada, pues el sujeto en cada paso, tendrá que atravesar contingencias (Strykman, 1993).

El deseo de hijo reenvía, introduce a la mujer en el Real y por el real de su cuerpo a la maternidad, maternidad que será la prueba de su sexuación en tanto mujer. Dicho de otra manera de su feminidad (Strykman, 1993, pág. 176).

La posición del niño se relaciona con la lógica de la sexualidad femenina. La mujer está referida al falo, y por otro lado al no-todo, esta última lógica de no todo es la que salva al niño de ser colocado como fetiche absoluto de la madre. Sin embargo, por otro

lado, el niño puede estar tomado por el fantasma de la madre, en donde se inmoviliza en la posición de objeto. (Febres Cordero de Espinel, 2011)

Si el lugar que se le otorga a esta nueva cría depende del lugar que se ha construido por el deseo de un hijo en la subjetividad de cada uno de sus padres, entonces este deseo siempre será contingente a las experiencias que cada uno de los padres hayan tenido con sus propios padres. La fundación de la falta, que dará en algunos casos el deseo de un hijo, se establecerá en el imaginario de los padres como el cumplimiento de los anhelos y sueños imaginados por los padres (Strykman, 1993).

El deseo de hijo no se encuentra desde el nacimiento, se construye a partir de diferentes deseos inconscientes, común a los dos sexos, que surge de manera más frecuente en la mujer que en el hombre. Por lo tanto, el deseo de hijo hace entrever la maternidad como uno de los aspectos de la feminidad (Strykman, 1993).

El lugar que ocupa el hijo en el deseo de sus padres se remonta al paso de cada uno por la castración, tanto del padre como de la madre, además se pone en juego el deseo, el amor, y el goce de cada uno. Para saber el lugar que ocupa un hijo, también se debe analizar la unión de la pareja y el deseo de tener un hijo de ambos (Strykman, 1993).

Los padres dan un lugar a su hijo, el fantasma de los padres sobre el niño asigna y constituye un lugar para este nuevo niño, pero si no le han dado un lugar, es difícil que tengan un lugar en la vida (Bergés-Bounes, 2012).

La posición que el niño va a ocupar en el mundo en tanto objeto de goce dependerá del tratamiento que haga a la lengua que recibe y padece, así como sus posibilidades de construir, a partir de ello una versión suya del objeto (Febres Cordero de Espinel, 2011, pág. 2)

El autista rechaza entrar en el orden del lenguaje, es decir, rechaza la ley que posibilita la comunicación entre seres humanos y por ende convertirse en un ser deseante. Además, los autistas dan cuenta de la imposibilidad de la transmisión de las leyes del lenguaje. El recién nacido debería ser reconocido siempre en un lugar singular y particular por su nombre de pila y su apellido que le han asignado su madre y su padre (Strykman, 1993).

Por otro lado, en cuanto al diagnóstico de autismo, los padres se enfrentan a una realidad inesperada, al no tener una explicación de la etiología del trastorno, surgen las preguntas en cuanto a su responsabilidad por la condición de su hijo. Frente a este

diagnóstico se puede responder de diversas maneras, entre ellas se encuentra el renunciar al hijo imaginado y emprender una nueva búsqueda donde opere nuevamente el deseo de la madre, ya que por el contrario el peligro se encuentra en que el hijo se enquistó como objeto del fantasma materno dando protagonismo al diagnóstico como una certeza difícil de movilizar (Mannoni, 1994) .

Maud Mannoni (1994) ha escrito acerca de las consecuencias de diagnósticos “irrecuperables” en específico del retrasado mental y las consecuencias en la posición de los padres, en especial de la madre o de la persona en la que se encarna esta función. Por lo tanto, considero que es una referencia valiosa para ejemplificar el trayecto por el que pasan los padres al recibir la noticia de un diagnóstico con un pronóstico incierto.

Los padres tratarán de revisar varias veces el diagnóstico, y el bebé llegará concurrentemente al consultorio médico, dependiendo de la guía proporcionada, llegarán al psicólogo, al psicoanalista o a diversos centros de tratamiento del autismo, la madre es quien emprenderá contra la inercia o la indiferencia de los otros, será quien desee incansablemente la recuperación de su hijo o por el contrario abandonará su deseo en faz de una frustración que se repite una y otra vez (Mannoni, 1994).

Se llegó a la conclusión de que el hijo no ocupa ningún lugar. Un lugar es un vacío delineado con un borde, en otras palabras, es el deseo que fue atravesado por el vector del Nombre del Padre. Por ello se sabe que el deseo parental se construye en la infancia y está determinado por el desarrollo psicosexual de la niña y el niño de acuerdo a los procesos de identificación con los padres y el discurso que se teje en la sociedad en la que se habita, identificaciones de género e ideales que se esperan para cada uno (Annoni, 2011).

Esto quedará grabado en el inconsciente de cada niño e incluirá representaciones de la maternidad y paternidad, esto quiere decir que el sujeto que nace no está determinado por ninguna esencia sino por su posición respecto a los otros sujetos (Annoni, 2011). Por lo tanto para que haya un lugar para una cría que recién nace, el lugar de deseo que se ha constituido en la infancia de sus padres será fundamental.

Lyda Gonzales (2014) escribe acerca de un caso de autismo que ella atiende donde se puede ejemplificar el lugar que ocupa el hijo con autismo en el deseo de la madre. En el análisis del caso H se describe que la madre tiene el deseo de tener un hijo; sin embargo, su esposo no lo desea. Entonces, H solo es deseado por la madre y realiza la presencia

de lo que Lacan llama *objeto a* en el fantasma de la madre, porque es un deseo sin tachadura. En este caso el deseo del padre no interviene como mediador entre el niño y el deseo de la madre. Por lo tanto, H encarna un objeto que existe en el registro de lo Real, más no una falta en el deseo de la madre. H no está colocado en el lugar de un objeto que representa el agujero de la falta, sino más bien obtura el deseo de la madre.

“La ausencia de la función de la madre, esto es, la imposibilidad de poner a operar su deseo como falta, tiene además otros alcances” (González, 2014, pág. 83), es decir, la función de la madre es aquella que otorga un lugar simbólico a su hijo, no como capricho sino como falta. En este sentido, la madre de H puede cubrir las necesidades básicas de la criatura, pero no hace operar la demanda y el deseo ya que se encuentran obturados por un hijo en lo real, por ende, cuando no existe este deseo de la madre tampoco puede operar la función paterna.

Según Jacques Lacan en una carta escrita a Jenny Aubry titulada “Dos notas sobre el niño”, el niño puede hacer presencia de *objeto a* en el fantasma de la madre; por lo tanto, su función será la de revelar la verdad de este objeto. El niño saturará el modo de falta del deseo de la madre y alienará en él todo el acceso de la madre a su verdad, dándole su existencia, cuerpo y muchas veces la exigencia de ser protegido. La constitución subjetiva implica la correspondencia con un deseo que no sea anónimo, es decir, que la madre lleve a cabo los cuidados necesarios siendo impulsada por un interés particularizado; y el padre dando su nombre como vector de una encarnación de la ley sobre el deseo (Lacan, 1950b).

En lo referente al cuidado de este niño, la madre solo puede satisfacer sus necesidades básicas, pero no se establece la alienación de H en el deseo de su madre, por lo tanto, H solamente llega a obturar este deseo en lo real. Además, tampoco opera la función paterna como aquel que vectoriza el deseo de la madre e inserta al viviente en el orden del lenguaje. En conclusión, la madre de H desconoce el pacto que realiza con el esposo de no tener hijos, y engendra un hijo utilizando al esposo solamente como herramienta genitora en lo real del cuerpo (González, 2014).

El goce de esta madre que no puede poner límite a su deseo de tener otro hijo se lo puede leer en modo que desautoriza cualquier forma de vectorización de su deseo, es decir, este deseo no barrado se convierte en goce que arroja a H al registro de lo real, fuera del orden significativo del lenguaje. El padre solo es un cuidador de H, pero su deseo no está implicado en este acto. El padre no representa ninguna ley para la madre

ni puede establecer una relación imaginaria como semejante con su hijo. Por lo tanto H llega a la vida como “objeto de goce para el Otro” (González, 2014).

En un segundo caso, que Lyda lo llamará R, una pareja tiene dificultades para concebir un bebé por lo que deciden hacer un tratamiento médico bajo el deseo insistente del esposo de tener un hijo. No obstante, cuando la esposa está en periodo de gestación presenta dificultades para asumir este cambio. Cuando R nace no tiene un lugar como sujeto nombrado por sus padres, por lo que el diagnóstico de autismo de R viene a suturar el lugar de sujeto que los padres nunca pudieron darle. En este caso, “Tanto para la madre como para el padre, R ocupa el lugar del *objeto a* capturado en el fantasma, de manera que obtura la falta con su presencia en lo real” (González, 2014, pág. 111). Es decir, que para ninguno de los padres su deseo fue barrado, colocando a R como objeto de goce para ambos progenitores.

Se presenta una escena que ejemplifica claramente que R no está reconocido como sujeto. La madre le dice a R en una sesión: “¡míreme!”, imperativo que no inscribe a R en el circuito de la demanda, sino que más bien lo petrifica. Por lo tanto, la madre no le ofrece a R la mirada como falta, sino que este imperativo llega desprovisto de amor, sin el velo del imaginario y como real sin agujero (González, 2014). En este caso se mortifica al infante y no hay más movimiento, la mirada de la madre lo paraliza. “Mírame” es un significante S1 que no tiene una cadena de significantes, sino que más bien tiene un efecto de fijación.

El padre de R tampoco se moviliza por el deseo de un hijo sino más bien responde a las expectativas de darle a R el nombre de su propio hermano muerto, por lo que R no nace dentro de un deseo de la madre sino de un deseo del padre que responde a un vacío de un hermano que ha fallecido. Entonces R está por fuera del registro simbólico y su presencia solo está reconocida en el registro de lo real (González, 2014).

Para una mujer, la maternidad puede estar ubicada en la resolución de “tener un hijo” o “ser madre”. De acuerdo a lo escrito en el primer capítulo, la niña querrá tener un hijo de su padre como sustitución del pene que la madre le ha negado. Después de atravesar la pubertad, se identificará con la madre y querrá tener un hijo de otro hombre que no sea el papá y así se instala la feminidad “normal” (Carril, 2019).

Sin embargo, se puede distinguir el deseo de tener un hijo que está relacionado con la conformación del ideal del yo en una identificación con la madre, o por otro lado el

deseo de ser madre que está más relacionado con la etapa pre-edípica, ligada más a “ser” como la madre, dominada por el yo ideal núcleo del narcisismo, en una identificación primaria con la madre que quiere decir que querrá ser una sola con su propia madre (Carril, 2019).

3.2.2. Constitución de cuerpo del autista a partir del deseo de la Madre

“La clínica con niños muestra la incidencia de las palabras y el efecto real que tienen pues modifican el cuerpo” (Febres Cordero de Espinel, 2011, págs. 3-4). Entonces, si el efecto que tienen las palabras sobre el cuerpo es tan importante, se debería poner especial énfasis en descubrir cómo los significantes que provienen del Otro, inciden en una transformación del organismo del bebé en un cuerpo atravesado por las palabras.

La madre es la figura que, por su poder, puede transformar el grito del niño en llamado y además introduce con su ir y venir el vacío en la estructura. DM (Deseo de la Madre) es la simbolización de su ausencia y es lo que funciona para el niño como una x , la x del enigma de su deseo que deberá ser resuelta en términos de significación fálica (Febres Cordero de Espinel, 2011, pág. 12).

En el autismo, se constituye un modo particular del funcionamiento del cuerpo. Los agujeros del cuerpo real por los que atraviesan diferentes objetos responden a un ejercicio puramente biológico. Es decir, la cría humana nace dotada de órganos y sistemas que realizan funciones básicas para mantener al organismo vivo; sin embargo, la explicación biológica del funcionamiento del cuerpo no basta para comprender el autismo porque la cría humana también nace dentro de la red del lenguaje entretrejida por lo social, la cultura y la historia de cada familia (Strykman, 1993).

En este sentido, la posición que cada sujeto ocupa en el discurso del Otro y de los otros viene dada antes de nacer; por lo tanto, el Deseo de la Madre será la vía por la que las palabras y los significantes ingresen e irrumpen en ese organismo puramente biológico y lo transformen en un cuerpo apalabrado, capturado en la red de significantes que le otorgan los otros y más aún quien ocupa este lugar de Otro primordial (Yankelevich, 2008).

Es así que el deseo siempre es deseo del Otro, la cría humana no se genera a sí misma, son los otros quienes hablan de ella, con ciertas palabras y significantes que

recortan el real en el que vive. Si el Gran Otro es tesoro de significantes, es el Otro primordial, encarnado en una persona, quien va a colocarse en tanto agente, como deseo de la madre. La madre es quien, a través de su propio cuerpo, va a tomar el cuerpo de su cría entre sus brazos y será quien done diferentes objetos para satisfacer las necesidades de su cría. Sin embargo, estos objetos solo son donados por la madre si el bebé ocupa un lugar en su deseo (Febres Cordero de Espinel, 2011).

Strykman (1993) lo describe de esta forma: ¿Qué es este Deseo enigmático de la madre? es una falta de la cual nadie sabe y tampoco podrán devolvérsela. Es un deseo perdido para siempre, nunca poseído ni por la pareja ni por el niño. Por lo tanto, este deseo alimenta la búsqueda infinita de la felicidad, del saber, del querer vivir y en ciertos momentos incluso el querer morir. El deseo no es la búsqueda de un objeto sino de un lugar, es el reencuentro de un lugar de felicidad sin límites. Además, imposible, incestuoso y mortífero que no pueden encontrar satisfacción, por lo tanto, reprimidos por definición.

El anudamiento cuerpo-lenguaje de los primeros años de vida del niño es muy importante. Esto se evidencia en los intercambios entre madre e hijo donde el cuerpo del niño es receptáculo de goce que se demuestra en la actividad motora erotizada por la madre (Bergés-Bounes, 2012). Por lo tanto, la cría humana en los primeros meses de vida es solamente un organismo viviente con un funcionamiento biológico precedida por la red del lenguaje.

El displacer que siente la cría humana en sus primeros meses de vida se evidencia en la desorganización de sus movimientos, los estímulos externos y las pulsiones que lo tensionan desde el interior; por lo que necesita de la intervención de un Otro primordial que atienda sus necesidades. El grito que emite la cría es simplemente una forma de descarga de la tensión; sin embargo, a partir de la intervención del Otro primordial, y del intercambio entre la madre y el hijo se genera un corte en el todo desorganizado donde la cría está inmersa.

La voz de la madre modula el ruido de la masa sonora en la que el bebé está inmerso, en su voz se encuentran elementos como: la forma, los tiempos, los silencios y el tono, que son fundamentales para la modulación de la voz del bebé. El llanto en forma de llanto toma un estatuto de comunicación y de demanda cuando el bebé puede reconocer al Otro y llamarlo si se presenta una tensión en su cuerpo; es decir, en ese momento cae

el *objeto a* y se funda un agujero donde anteriormente solo existía un todo completo (Maleval, 2011).

El agujero funda una pérdida necesaria para el deseo, a partir de ese momento se crea una frontera, un adentro y un afuera delimitados. Por consiguiente, el bebé ya no es parte de un todo indiferenciado, sino que ahora se encuentra en la posibilidad de reconocer lo que está fuera, por lo que las personas y cosas del mundo exterior toman una forma y un litoral (Laurent, 2013).

Por otro lado, para que suceda esta transformación, es necesario que la madre haya tomado al bebé como objeto, niño-falo, que la madre desea. Es decir, que exista una falta en la madre que la coloque como sujeto que le hace falta el falo, y que por un momento lo ha encontrado en el bebé. Cuando su bebé se convierte en aquello que colma su falta, puede libidinizarlo, a través del don de amor y la generación de la primera satisfacción (Febres Cordero de Espinel, 2011).

En este sentido, la madre podrá dejar marcas que recortan el organismo de la cría, siempre y cuando sus ausencias coloquen al bebé en un nivel simbólico, donde la ausencia no signifique un abandono, sino un deseo. Finalmente, también se pone en juego la subjetividad del niño, porque él se preguntará acerca del deseo de la madre, y al reconocer que la madre desea el falo, el niño se hará el falo de la madre a nivel imaginario (Febres Cordero de Espinel, 2011).

Lacan habla del sentimiento de maternidad y de la satisfacción que se obtiene vía la imago del seno materno. También evoca lo contrario: el riesgo fatal que supondría para el niño el abandono. Punto por donde evoca la conjunción de la madre y la muerte (Febres Cordero de Espinel, 2011, pág. 8).

Si la cría humana no llega a estar en esta posición de falo, los cuidados de la madre serán diferentes, las zonas erógenas y las pulsiones serán configuradas de manera distinta. El goce mortífero no se recortará del cuerpo del viviente, y los modos que la cría encontrará para frenar esta intrusión, pueden evidenciarse en las manifestaciones que presentan los niños autistas quienes repiten una y otra vez los mismos movimientos. Estas manifestaciones pueden ser estereotipias, golpes contra objetos, y alaridos que no tienen ningún fin de comunicación, sino de liberarse del goce mortífero que los invade y que no tiene límite (Tendlarz, 2013).

“Lo que falla es la inscripción de la palabra de la madre sobre el cuerpo del niño” (Bergés-Bounes, 2012, pág. 33). En un primer tiempo, el niño tiene un papel pasivo, el niño es bañado, alimentado, limpiado, vestido y amamantado por la madre o su cuidador, goza de estas satisfacciones. Sin embargo, tendrá que realizar el paso a la actividad, tomando la iniciativa al succionar para alimentarse (Freud, 1931).

Lyda González (2014), concluye que el sujeto autista es un sujeto no barrado, que se encuentra en lo que Lacan llamó ser-hablante de la lengua, donde el sujeto se encuentra fuera de lo simbólico en un estado presubjetivo. Entre las características más importantes de este momento, es que no se realiza una cadena, el significante no se unió con otros significantes para enlazarse al lenguaje; por lo tanto, no existe una palabra sino una continuidad de sonoridad, donde no existe un agujero. A los niños con autismo, como no ha sido extraído el *objeto a* voz ni mirada, les puede resultar invasivo e insoportable que se dirijan a ellos mediante una demanda abrumadora por lo les es difícil reconocer al Otro como un lugar al cual puedan anudarse.

Según Maleval, el sujeto autista tiene una relación particular con su cuerpo porque se han suprimido todos los órganos de intercambio, quedándose con un cuerpo sin órganos; por lo tanto, no se produce la articulación con el Otro puesto que el sujeto se goza a sí mismo sin el trayecto de la pulsión. En este caso todos los orificios del cuerpo están ocluidos, el niño con autismo trata de desembarazarse de un exceso de excitación, en un objeto imposible de ceder, porque si la excitación no tiene dirección, se producen juegos repetitivos y desenfrenados como respuesta a la imposibilidad de estabilizarse (Laurent, 2013).

CONCLUSIONES

En la actualidad, el diagnóstico de trastorno del espectro autista ha ido en aumento, la bibliografía acerca del tema abunda y las reflexiones realizadas por parte de los psicólogos de diferentes líneas teóricas, son diversas. En esta disertación se ha realizado una lectura desde el psicoanálisis porque su teoría se asienta sobre una base ética de respeto a la particularidad de cada sujeto autista y la forma auténtica que cada uno de ellos ha encontrado para convivir con los demás.

En primer lugar se reflexionó acerca de la construcción del Deseo de la Madre como indispensable en la libidinización del cuerpo del sujeto, y se encontró tres conclusiones fundamentales: la primera, el Deseo de la madre es inconsciente ya que conscientemente la madre puede proporcionar los cuidados necesarios para la sobrevivencia del bebé; sin embargo, su deseo puede estar ausente. Segundo, el Deseo se construye desde la infancia de la niña al reconocerse castrada y colocar a su hijo como aquel que va a llenar su falta; tercero, el Deseo de la Madre puede tomar otra dirección que no sea el bebé de acuerdo a diversas situaciones que suceden en la historia vital de cada familia en el momento de tener un hijo.

En este sentido, es importante tomar en cuenta el lugar que cada uno de los padres le está dando al bebé en su discurso, porque de esto dependerá que los significantes se enlacen en una cadena. Es importante que el niño ocupe el lugar de falo de la madre para que su cuerpo pueda ser libidinizado; sin embargo, también es indispensable que la madre agencie la intervención del padre como metáfora para que opere la castración a la madre y no permitirle quedarse con su hijo. No obstante, el deseo caprichoso de la madre debe estar limitado ya desde la infancia de la niña, es decir, que el padre de la niña haya castrado a aquella que posteriormente será madre.

Esta hipótesis no es una forma de culpabilizar a los padres ya que el deseo es inconsciente, por lo que la madre muchas veces solo se da cuenta que algo no anda bien cuando el bebé no la ve, no fija sus ojos en su mirada. Esto es desestructurante para la madre y puede ser causado por diversas circunstancias como: enfermedades graves de la madre o del bebé en los primeros años de vida, duelos que atraviesa la madre, situaciones ocultas con respecto a su relación con el padre del niño y situaciones inconscientes de la madre respecto a aceptar la falta y hacerle un lugar a un hijo (Annoni, 2011).

En este sentido, se trata de encontrar momentos relevantes en la historia vital de la familia que hayan producido una ausencia del deseo de la madre, o una desviación de ese deseo hacia otra cosa, es decir, una situación que haya sobrepasado la capacidad de la madre de estar presente y libidinizar el cuerpo de su hijo o darle un lugar como sujeto. Puesto que el bebé es un ser vulnerable que necesita del cuidado de Otro para sobrevivir aún no puede percibir la totalidad de su cuerpo.

Si bien es cierto que el Otro primordial invitará al infante al lenguaje, también es indudable que el infante será quien tome la palabra en la lógica de una elección insondable. Los efectos que se producen en el cuerpo del bebé mediante la intervención del Otro primordial son diversos. El organismo de la cría humana, a través de la intervención de un otro, se convertirá en un cuerpo pulsional.

En segundo lugar, una de las consecuencias de no tener un lugar en el discurso de los padres y no haber ocupado el lugar de falo para la madre, puede ser el autismo como forma de no ceder la palabra para enlazarse con el Otro que puede ser vivido como intrusivo para el niño. Es indispensable reconocer que la madre será la llamada a otorgar un significado al balbuceo del bebé, si no hay otro que acoja ese intento de palabra, no habrá posibilidad de hacer operar el recorrido de la pulsión y por ende se dificultará el enlace con el otro primordial.

Por otro lado desde la teoría lacaniana se postula que la pulsión es una tensión constante de excitación que realiza un trayecto que pasa por el Otro y retorna mediante la extracción del *objeto a* que asegura un recorrido circular que crea un borde y regresa a la meta. Este recorrido permite la extracción de goce, el reconocimiento de otro y la constitución del sujeto (González, 2014).

Se destaca que lo más importante en este trabajo de disertación es que los sujetos autistas han inventado diferentes modos de estar en el mundo y extraer el goce en exceso que se encuentra en su cuerpo, muchas de ellas recién se están descubriendo y formalizando en la teoría. Esto se evidencia en los libros de autores como Eric Laurent y Jean-Claude Maleval quienes han realizado grandes aportes en el trabajo con sujetos diagnosticados con autismo.

Como conclusión final, el Deseo de la Madre es fundamental en la constitución del cuerpo en el autismo, ya que su ausencia o desviación impide la libidinización del cuerpo de la cría humana, por lo tanto hay que tomar en cuenta la construcción del

Deseo de la Madre desde la infancia y el lugar que ocupará el sujeto en la pareja. En este sentido, algunos de los autores citados mencionan que no existiría cuerpo en el autismo sino diferentes modos que cada uno de los autistas ha inventado para relacionarse con su propio organismo.

RECOMENDACIONES

Si bien se ha realizado un recorrido por temas puntuales acerca del autismo partiendo de ciertos autores contemporáneos como Eric Laurent, Jean Claude Maleval y Silvia Tendlarz, también es posible ampliar la lectura, elaboración y reflexiones acerca del tema iniciando desde distintas escuelas psicoanalíticas, con el objetivo de tener una perspectiva más amplia del trabajo que se sostiene en distintos centros de tratamiento del autismo.

Por otro lado, a pesar de tener hoy en día amplia bibliografía acerca del autismo, se debe tomar en cuenta la descripción realizada en los cuadros clínicos fundamentales como los escritos por autores clásicos como Leo Kanner y Hans Asperger, ya que actualmente se ha perdido la rigurosidad en cuanto al diagnóstico del trastorno, y como consecuencia hay altos niveles de medicamentos recetados a niños que podrían prescindir de estos.

Además, el autismo plantea varias interrogantes acerca del cuerpo y su funcionamiento particular porque no responde a la organización ni leyes pensadas desde una organización neurótica. La clínica con niños, adolescentes y adultos diagnosticados con autismo plantea nuevos retos en la formalización de la teoría a partir de la práctica; si bien se han encontrado varias respuestas, la teoría debe seguir ampliándose.

Se recomienda que se brinde la importancia necesaria a la escucha del discurso de los padres al momento de tener un hijo porque de este modo se podrá reconocer el lugar y los significantes que le serán otorgados al nuevo bebé, la escucha oportuna de las dificultades en la significación de la llegada de un niño a la familia podría ser primordial para la prevención del autismo.

La madre es fundamental en la libidinización del cuerpo del bebé, por lo tanto es importante tomar en cuenta la forma en la que la madre mira o toma al bebé es sus brazos y el intercambio que existe entre ambos, para que se proporcione un tratamiento adecuado si existiese alguna dificultad en esta relación fundamental para el niño.

Es indispensable reconocer a la cría humana como un sujeto, darle un lugar y escuchar sus primeros intentos de tomar la palabra, guiar a los padres para que puedan darle significado al balbuceo que emiten puesto que posteriormente estos sonidos se convertirán en palabras.

Finalmente, la lectura, trabajo y formalización de quienes trabajan con sujetos diagnosticados con autismo es fundamental para encontrar diferentes modos de acercamiento, intervención y tratamiento acorde a sus necesidades y una escucha detenida por parte de los profesionales. Como dice Jean-Claude Maleval en uno de sus textos ¡Escuchen a los autistas!, porque probablemente no se los está escuchando en su propia subjetividad ni reconociendo las respuestas que ellos mismos han inventado para hacer con su vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Abreu, T. (31 de Marzo de 2019). *VI Encuentro americano de Psicoanálisis de la Orientación Lacaniana*. Obtenido de http://www.enapol.com/es/template.php?file=Textos/Acontecimiento-de-cuerpo-y-transferencia_Tania-Abreu.html
- Alvarenga, E. (23 de Marzo de 2019). *Lacan XXI*. Obtenido de <http://www.lacan21.com/sitio/2018/05/04/la-especificidad-del-autismo-observatorio-de-politicas-del-autismo-de-ebp-fapol1/>
- Annoni, G. (2011). *Autismo Infantil una clínica desde el psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens.
- Anzieu, D. (2003). *El yo-piel*. Espana: Biblioteca Nueva.
- APOL. (31 de Marzo de 2019). *APOL*. Obtenido de <http://www.apol.org.mx/index.php/lecturas/item/16-el-nino-autista-y-la-estructura>
- Basso, M. J. (2013). *Una Aproximacion Psicoanalitica Al Autismo*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Bergés-Bounes, M. (2012). *Clínica psicoanalítica con niños anudamiento cuerpo lenguaje*. Quito: Rimana.
- Bettelheim, B. (2001). *La fortaleza vacía: Autismo infantil y el nacimiento del yo*. Barcelona: Paidós.
- Bocanegra, C. (16 de 05 de 2017). *El concepto del cuerpo en la obra de Sigmund Freud y su relación con la constitución subjetiva*. Cali: Universidad de San Buenaventura Colombia. Obtenido de Universidad de San Buenaventura Colombia: http://bibliotecadigital.usb.edu.co:8080/bitstream/10819/5460/1/Concepto_Cuerpo_Freud%20_Bocanegra_2017.pdf
- Carril, E. (25 de marzo de 2019). *Querencia*. Obtenido de El deseo parental. El ayer y hoy de una construcción compleja: https://querencia.psico.edu.uy/revista_nro2/elina_carril.htm

- Collazo, C. (31 de Marzo de 2019). *Escuela de la orientación lacaniana sección La Plata*. Obtenido de <http://www.eol-laplata.org/blog/index.php/la-lalengua-en-el-autismo/>
- Dolto, F. (1985). *En el juego del deseo*. México: Siglo veintiuno.
- Egge, M. (2008). *El tratamiento del niño autista*. Madrid: Editorial Gredos.
- Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio del psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Febres Cordero de Espinel, M. (2011). *El niño y la lengua del Otro. Psicoanálisis con niños*. Guayaquil: Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.
- Freud, S. (1905). *Tres Ensayos para una Teoría Sexual*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En S. Freud, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico Trabajos sobre metapsicología* (págs. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En S. Freud, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico Trabajos sobre metapsicología V otras obras* (págs. 113-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931). Sobre la Sexualidad Femenina. En S. Freud, *Obras Completas* (págs. 225-244). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1932). 33 Conferencia La feminidad. En S. Freud, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis en Obras completas Tomo XXII* (págs. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1950). *Proyecto de psicología*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González, L. (2014). *El niño autista y sus objetos. Clínica de la transferencia*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lacan, J. (1950a). Conferencia en Ginebra sobre el síntoma. En J. Lacan, *Intervenciones y Textos II* (págs. 115-144). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1950b). Dos notas sobre el niño. En J. Lacan, *Intervenciones y textos II* (págs. 55-59). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1964). *Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós Ed Siglo XXI.

- Lacan, J. (1999). *Los tres tiempos del Edipo*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009). *Escritos II*. México: Siglo XXI.
- Laurent, E. (2013). *La batalla del autismo*. Buenos Aires: Grama.
- Laznik-Penot, M.-C. (1995). *Hacia el habla. Tres niños autistas en psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Vision.
- Lefort, R. (1995). *El nacimiento del Otro*. Barcelona: Hurope.
- Levin, I. (14 de mayo de 2013). *Psicoanálisis con niños y con bebés. Del Otro en los autismos*. Obtenido de Escuela Freudiana de Buenos Aires: http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_1725.pdf
- Maleval, J.-C. (2011). *El autista y su voz*. Madrid: Editorial Gredos.
- Maleval, J.-C. (2017). *De la estructura autística*. Bogotá.
- Maleval, J.-C. (2018). *Intervención en el foro internacional del Autismo y Política*. Barcelona.
- Mannoni, M. (1994). *El niño retardado y su madre*. Buenos Aires: Paidós.
- Mas, M. F. (31 de Marzo de 2019). *Lectura lacaniana*. Obtenido de <https://lecturalacanianana.com.ar/presentacion-de-que-es-lalengua/>
- Ministerio de Salud Pública del Ecuador. (2017). *Trastornos del Espectro Autista en niños y adolescentes: Detección, Diagnóstico, Tratamiento, Rehabilitación y seguimiento*. Quito: MSP Dirección Nacional de Normatización. Obtenido de <http://salud.gob.ec>
- NICHHD. (2005). El autismo y los genes. *Instituto Nacional de Salud Infantil y Desarrollo Humano*, 1-16. Obtenido de <https://www.nichd.nih.gov/>
- Olivos, A. (22 de Marzo de 2019). *Affectio Societatis*. Obtenido de <file:///C:/Users/enicolalde/Downloads/326171-123480-1-PB.pdf>
- Peskin, L. (2015). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Piaggi, M. B. (31 de Marzo de 2013). *V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Obtenido de ¿Qué

cuerpo del autista? Acerca de los objetos fractales:
<https://www.aacademica.org/000-054/799.pdf>

- Recalcati, M. (2018). *Las manos de la madre*. Barcelona: Anagrama.
- Stiglitz, G. (18 de noviembre de 2018). *El Lazo con el Otro*. Obtenido de NEL ciudad de México: <http://www.nel-mexico.org/articulos/seccion/textosonline/subseccion/Clinica-del-autismo/491/El-Lazo-con-el-Otro>
- Strykman, N. (1993). *La feminidad, la madre, la pareja*. Guayaquil: Trayectoria.
- Tendlarz, S. (1995). ¿Por qué los niños autistas no tienen cuerpo? En C. P. Hans, *Psicoanálisis con niños* (págs. 133-138). Buenos Aires: ATUEL.
- Tendlarz, S. (1996). *¿De qué sufren los niños?* Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Tendlarz, S. (17 de Marzo de 2013). *Usos del cuerpo en los autistas*. Obtenido de Las Conversaciones del ENAPOL: <http://www.enapol.com/es/template.php?file=Las-Conversaciones-del-ENAPOL/Usos-del-cuerpo-en-los-autistas/Silvia-Elena-Tendlarz.html>
- Tendlarz, S. (2016). *Clínica del autismo y de la psicosis en la infancia*. Buenos Aires.
- Tendlarz, S. (31 de Marzo de 2019). *Intersecciones Psi*. Obtenido de Revista Electrónica de la Facultad de Psicología - UBA: http://intersecciones.psi.uba.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=391:cifra-letra-y-agujero-en-el-autismo-puntuaciones-sobre-daniel-rammet-silvia-elena-tendlarz&catid=9:perspectivas&Itemid=1
- Trejo, G. (2012). *¿Autismo infantil? Clínica de intervenciones subjetivantes*. México: Trillas.
- Yankelevich, H. (2008). *El Otro en el autismo y la psicosis en la infancia*. Buenos Aires : UBA.